

9

más+menos

student magazine

hogar dulce hogar / home sweet home

otoño / fall 2007

www.ciee.org/masmenos

9 8 7 8 0 3 6 7 1 8 8 8 7 1 0 0 9 8 5 2 5 8 0 9 2 6 1

cíee

más+menos

ciee study center in seville
liberal arts program
universidad de sevilla
dpto_de filología inglesa

autores / contributors

Jarret BATES / University of Arkansas
Laurel BENZ / Scripps College
Stefan BLOOMFIELD / University of Wisconsin-Madison
Daniel CALVO CARMONA / Universidad de Sevilla
Almudena CHACÓN / Universidad de Sevilla
Carlos Javier COLLADO / Universidad de Sevilla
Christian DE LOS RÍOS / Universidad de Sevilla
Jessica FERRARO / Rivier College
Cristina GÓNZALEZ / Universidad de Sevilla
Laura GONZÁLEZ / Universidad de Sevilla
Sean GRIFFIN / The Pennsylvania State University
Chelsea LAVIN / University of Wisconsin-Madison
Nisse LOVENNDAHL / University of Wisconsin-Madison
Penélope MARTÍNEZ / Universidad de Sevilla
Daniel MORILLO / Universidad de Sevilla
Bryan MORRIS / University of Wisconsin-Madison
Megan MUNDT / Gustavus Adolphus College
Álvaro PEINADO / Universidad de Sevilla
Carolyn PRILL / University of Colorado at Boulder
Desirée QUIRÓS / Universidad de Sevilla
Abigail REID / Fordham University
Nicole RODRIGUEZ / Villanova University
Olivia ROSANE / Barnard College
Jesús TRUJILLO / Universidad de Sevilla



www.ciee.org/masmenos

Maritheresa F. Frain, Ph.D.: Directora del Centro de Estudios de CIEE en Sevilla / Director of the CIEE Study Center in Seville

Olga Merino: Coordinadora Residente del Programa de Liberal Arts / Resident Coordinator of the Liberal Arts Program

Oscar Ceballos: Coordinación, edición, diseño gráfico y fotografía / Coordination, editing, graphic design and photographs

José Enrique García: Coordinación de estudiantes de la Universidad de Sevilla y revisión de traducciones inglés-español / Coordination of University of Seville students and revision of English-Spanish translations.

Eduardo del Campo: Edición de textos originales en español, asesoramiento periodístico / Text editing in Spanish, journalistic advice

Morgan Reiss: Revisión de textos en inglés / Revision of English texts

índice / contents

FICCIÓN / FICTION

“¡Levanta! ¡Rápido!” / “Get up. Come on. Get up!” Jarret BATES—Chelsea LAVIN	06/22
El corazón de Bagdad / The heart of Baghdad Olivia ROSANE	10/24

REPORTAJE / NEWS ARTICLE

La otra Sevilla / The other Seville Laurel BENZ	08/23
--	--------------

ENCUESTA / SURVEY

Home/Hogar Megan MUNDT—Bryan MORRIS.....	04/21
---	--------------

ANÁLISIS / ANALYSIS

De la cueva al adosado / From the cave to suburb Stefan BLOOMFIELD	12/26
Americanos “on the road” / Americanos on the road Jessica FERRARO	14/27

ENSAYO / ESSAY

Quedarse o mudarse / Stay put or get moving Carolyn PRILL	16/28
--	--------------

PERSONAL / PERSONAL

Una casa tapizada de recuerdos / A house full of memories Nisse LOVENDAHL	15/28
--	--------------

17:08. 4 de octubre de 2007. En algún lugar entre Sevilla y París / 5:08pm, October 4, 2007. Somewhere between Seville and Paris Abigail REID.....	17/29
---	--------------

Niños de la tercera cultura / Third culture kids Nicole RODRIGUEZ.....	19/30
---	--------------

Un refugio para los pequeños parias de la India / A refuge for the little pariahs o India Sean GRIFFIN.....	20/31
--	--------------

Impresión / Printing : ESCANDÓN S.L.

© ciee study center in seville. 2007

Depósito Legal: CA-411-2005

ISSN 1885-5490

nota del editor

Pocas cosas requieren de tanto esfuerzo y pocas proporcionan tanta seguridad y tanto orgullo como el lugar al que legítimamente llamamos hogar. En los primeros años de nuestra vida, el hogar es ese lugar casi siempre inmutable y seguro, construido por nuestra familia para nosotros, que lo envuelve todo. Ya de mayores, aspiramos —como escribió Luis Cernuda en *Ocnos*— a construir nuestro propio refugio con la amistad de las cosas, a encontrar esa atmósfera amiga en la que lo cotidiano, como queriendo volver a aquel primer hogar de la infancia, adquiera una permanencia que de nuevo lo reúna todo para nosotros y para los nuestros.

Hemos querido dedicar este número 9 de *más+menos* a definir, desde tantos puntos de vista como nuestros colaboradores han que-

rido definir, la idea de hogar. Por primera vez además, hemos abierto las páginas de nuestra revista a dos magníficos textos de ficción: el de Olivia Rosane, *El Corazón de Bagdad*, y el escrito en colaboración por Jarret Bates y Chelsea Lavin, *¡Levanta! ¡Rápido!*. Las excelentes traducciones que de los mismos han realizado Jesús Trujillo y Carlos Javier Collado respectivamente, son muestran de cuan productiva sigue siendo la colaboración entre los estudiantes de CIEE y sus compañeros de la Universidad de Sevilla.

Laurel Benz ha aprovechado su experiencia como voluntaria en una guardería de la barriada marginal de El Vacie para hablarnos de una Sevilla oculta a los ojos de muchos. Stefan Bloomfield ha sido riguroso al analizar, en el actual contexto de incertidumbre, el

gran impacto que en las economías de todo el mundo tiene el mercado de la vivienda.

Los textos de Sean Griffin, Abigail Reid, Jessica Ferraro, Nicole Rodriguez, Nisse Lovendahl y Carolyn Prill relatan, desde distintos ángulos, el gran valor de algunas experiencias personales, propias y ajenas. Bryan Morris y Megan Mundt nos han acercado, en el texto que sirve de introducción, a la idea que del hogar tienen algunas personas a ambos lados del Atlántico.

Ojalá que la lectura de *más+menos* 9 les permita, igual que a nosotros, recordar todo aquello que a lo largo de su vida hayan considerado hogar y a todas las personas que han formado y forman parte de él.



editor's note

Few things require such effort and provide us with as much security and pride, as the place that we call our home. In the first few years of our life, home is that safe and fixed place, created for us by our family, that encompasses everything. When we are older, we aspire —as written by Luis Cernuda in *Ocnos*— to create our own refuge with the friendship of things, to find that familiar sensation in which the everyday, such as the wish to return to our first childhood home, acquires a permanence which encompasses everything for us and our loved ones.

In this ninth edition of *más+menos*, we have attempted to define, from as many varying perspectives as our collaborators have chosen,

the idea of home. For the first time, we have opened the pages of our magazine to two magnificent works of fiction: *The Heart of Baghdad*, by Olivia Rosane; and *Get up! Come on. Get up!*, a written collaboration by Jarret Bates and Chelsea Levin. The excellent translations of the said works, realized by Jesús Trujillo y Carlos Javier Collado respectively, is further proof of the continuous and productive relationship between the students of CIEE and their colleagues from the University of Seville.

Laurel Benz has drawn from her experience as a volunteer at the daycare in the shantytown, El Vacie, to speak to us about a Seville that remains hidden to the eyes of many. Stefan Bloomfield has rigorously analyzed the impact

of the housing market on the world economies, and its current state of grave uncertainty.

The texts by Sean Griffin, Abigail Reid, Jessica Ferraro, Nicole Rodriguez, Nisse Lovendahl and Carolyn Prill relate, from distinct angles, the value of the personal experiences of themselves and others. As an introduction, Bryan Morris and Megan Mundt have presented us with the idea of home shared by people on either side of the Atlantic.

It is our wish that the ninth issue of *más+menos* permits you, as it has us, to remember all that has symbolized home over the course of your life and all those people and places that form a part of this idea.



Facultad de
Filología,
Dpto. de
Filología Inglesa
(Lengua Inglesa)

cíee
seville study center

más+menos
HOGAR DULCE HOGAR
home sweet home



HOME ... HOGAR



texto de Megan Mundt y Bryan Morris / traducción de Penélope Martínez

En Estados Unidos los hijos se van de casa con 22 años y en España con 30; un 30% de los estadounidenses vive de alquiler frente a sólo el 11% de los españoles, tan amantes de los pisos en propiedad. Pero, más allá de las estadísticas sobre las diferencias culturales relacionadas con la vivienda entre ambos lados del Atlántico, Jason, Doreen, Sonia o Antonio comparten en Minnesota y Sevilla una idea fundamental: el hogar lo hace la familia o el individuo que lo habita, no las paredes que lo forman.

La palabra, tan relevante para nuestra cultura, tiene connotaciones emocionales difíciles de encerrar en una sola frase. Puede significar un edificio o un lugar de la niñez; puede ser una idea abstracta o una definición concreta. Pero ¿puede traducirse perfectamente a ambos idiomas? Les preguntamos a hombres y mujeres estadounidenses y españoles qué significa para ellos "home" u "hogar", y encontramos que para la mayoría el término evoca una realidad conmovedora.

Es un lugar para descansar, un sitio para sentirse seguro. Para muchos, es un lugar lleno de recuerdos. Algunos creen que el hogar es sólo una casa, una estructura física en la que vivir. En este sentido, estrictamente material, hay grandes diferencias entre las modalidades y tipos de alojamiento en España y Estados Unidos. Por ejemplo, el 33% de los estadounidenses vive de alquiler, frente a un escaso 11% de los españoles (el porcentaje más bajo de la Unión Europea), una diferencia que puede ser el resultado (entre otras causas) de la cultura de la autonomía personal que hay en EEUU o el alto valor sociocultural que se le da en España a ser propietario de un bien inmueble.

Los tipos de casas en propiedad también se diferencian algo. El hogar medio americano (2,5

habitantes de media) tiene al menos tres dormitorios, con una o ninguna persona por cada cuarto. Por su parte, la casa media española tiene tres o más dormitorios, que son un poco más pequeños que los de EEUU y tienen una o más personas por cuarto (la media de moradores por domicilio es de 3,3).

La mayoría de los encuestados nos dijeron que hogar significa intrínsecamente familia más que alojamiento. Para muchos, el hogar representa el lugar donde la familia reside o se reúne. Pero la composición de los tipos de familias en ambos países difiere bastante. En España, el 48,6% de las familias son parejas con niños, el porcentaje más alto de la Unión Europea, con Irlanda en segundo lugar con un 47,2%. Resulta interesante que las casas estadounidenses no tienen ningún tipo medio de familia que sea obvio y abrumadoramente mayoritario. Con un 28%, la casa más común la forman parejas casadas sin niños. Les siguen de cerca las familias nucleares (una pareja casada con 2 ó 3 hijos) con un 24%, y la gente que vive sola con un 25,5%. En España apenas el 7,1% de la población vive sola, la mayoría por encima de los 65 años.

Algunas de las personas a las que preguntamos dijeron que el hogar significa la casa de

sus padres, o el lugar donde crecieron. Pero esto también puede llevar a confusión si no se conocen las diferencias entre las definiciones americana y española de casa de los padres. Los jóvenes adultos norteamericanos suelen marcharse de casa pronto: 22 años es la edad media. Sin embargo, en España la gente suele seguir en el domicilio paterno hasta que se casa, y con frecuencia espera para mudarse hasta tener 28 años de media, en el caso de las mujeres, o 30, en el de los hombres. El 59% de los españoles entre 25 y 29 años vive con sus padres, lo que representa el porcentaje más alto de la UE, seguidos de cerca por los italianos.

A continuación se incluyen las definiciones y las reflexiones de los encuestados sobre el concepto "home" u "hogar". Describen lo que significa para ellos y las ideas equivocadas que otras personas pueden tener. Si las estadísticas mencionadas muestran nuestras diferencias culturales, estas respuestas ilustran en cambio lo que compartimos.

Datos:

- Oficina Nacional del Censo (EE UU)
- Instituto Nacional de Estadística (España)
- Encuesta Europea sobre la Calidad de Vida
- Departamento de Comercio de los EE UU

¿Qué es para ti el hogar/la casa?

Jason Smith, 20 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con sus padres y su hermano pequeño, y en una residencia universitaria con un compañero de cuarto.

"Un sentido de familiaridad y, por consiguiente, de tranquilidad; cualquier lugar en el que tanto el sitio como la gente se reconocen a simple vista. Es posible que haya más de un hogar para una persona, pero lo que parece es que cada hogar distinto siempre produce un sentimiento nuevo".

Joyce Broady, 54 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con su esposo y un hijo.

"El hogar es un lugar lleno de vida, calor y charla. Recuerdos, muchos recuerdos".

Gail Glashan, 60 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con su esposo.

"El hogar es un sentimiento de estar centrada. Una base desde la que puedo aventurarme a salir... Me gusta pensar en el hogar como el lugar donde uno crece y florece. El sentimiento de hogar varía un poco de un sitio a otro..., es

parecido al sentimiento del amor: una palabra con muchos significados".

Mikka McCracken, 20 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con sus padres y dos hermanos más pequeños, y sola en una residencia universitaria.

"El hogar es el lugar en el que vive mi familia... También identifico el hogar con el relax porque regreso a casa durante las vacaciones".

Bri Otis, 20 años, Minnesota. Vive en un piso con tres compañeras.

“Una persona puede tener muchos hogares, es cualquier sitio en que se sienta querida. Mi hogar es cualquier sitio en el que pueda ser yo misma sin importarme lo que piensen los demás. Lo bonito del hogar es poder andar en ropa interior si quiero”.

Doreen Kelly, 48 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con su esposo e hijos.

“Las personas a las que más quiero y por las que más me preocupo (y nuestros perros, por supuesto). Un hogar es donde deseas estar en los momentos duros de la vida o cuando te sientes solo. El hogar es donde les encanta reunirse a los amigos y la familia”.

Chris Mundt, 45 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con su esposa e hijos.

“El hogar es un sitio en que guardas todas tus cosas y donde vas para sentir que perteneces a ese lugar. El hogar es un sentimiento adquirido que no se da simplemente por mudarse a un sitio nuevo”.

Paul Mundt, 77 años, Dakota del Sur. Vive solo en casa.

“Donde una persona puede escapar a su espacio reservado. El hogar crea una zona de comodidad que, en mayor o menor medida, crea su

ocupante. Puede ser cualquier sitio, desde una tienda de campaña a un castillo. Casi puede ser una cápsula autoimpuesta que es invisible para todos menos para la persona que vive en ella”.

Barb Anderson, 55 años, Minnesota. Vive en una casa unifamiliar con su esposo e hijos.

“Un lugar donde tengo el control, un lugar donde soy productiva. El hogar tiene un ambiente acogedor donde los demás pueden compartir lo que tenemos y añadir algo. Cualquier sitio puede ser un hogar dependiendo de la persona. Incluso una persona puede ser un hogar”.

María Angeles Conde Parilla, 40 años, Sevilla. Vive en un piso grande.

“Sentirse en casa es como estar dentro de uno mismo, es como un refugio o puerto sin la tensión del mundo exterior. La casa es como una segunda piel”.

Eulalia Muñoz Gómez, 20 años, Sevilla. Vive en una casa unifamiliar con sus padres y su hermana pequeña.

“Mi entorno familiar de amigos y mi perro. Puedes sentirte en casa sin tener techo. Necesitas familia, amigos y perro. De pequeña era donde estaban mis padres, pero ahora es más complejo y abstracto”.

Carmen Sara Blanco, 35 años, Sevilla. Vive en un piso con su esposo e hijos.

“Tener a mano todo lo que hace falta, todo lo que necesitas”.

Sonia Molero, 32 años, Sevilla. Vive en un piso con sus padres.

“Sentirse en familia, querida y protegida. La comunicación es necesaria”.

Carmen Acosta, 60 años, Sevilla. Vive en un piso con su esposo e hija.

“Cuando pienso en el hogar me encuentro en paz”.

Antonio Molero, 60 años, Sevilla. Vive en un piso con su esposa e hija.

“El hogar lo hace la familia. Podemos estar en cualquier sitio pero toda la familia va junta”.

Enrique Belinchón, 20 años, Cádiz. Vive en un piso con tres compañeros.

“Un lugar donde te sientes a gusto con la gente y con el sitio, un ambiente que me gusta”.

Marga Rodríguez, 18 años, Sevilla. Vive en una casa unifamiliar con sus padres.

“Sentirte totalmente cómoda con tu alrededor y con los que te rodean. Sentir que puedes ser tú misma sin ninguna preocupación. La frase me transmite un sentimiento de bienestar. Es algo mental y no material”. ■



(encuesta)

“¡Levanta! ¡Rápido!”

texto de Jarret Bates y Chelsea Lavin / traducción de Carlos Javier Collado

“Dios, esta calle está siempre tan llena de gente. Necesitamos un truco. Y me niego a aprender a tocar el maldito acordeón o a malvender esos perritos mecánicos chinos. No soy un payaso. El Hombre de las Galletas solía pintarse la cara y todo eso. Mira lo que le ha ocurrido. En realidad, lo que ahora necesitamos es sólo un buen portal”

“Me pregunto si habré elegido el compañero de viaje equivocado. No me ha dirigido la palabra, a no ser que los gruñidos que hace mientras me espera para alcanzarme sea alguna forma de comunicación. Como decía mi padre, “A buen hambre no hay pan duro”. Claro que él lo mencionaba cuando me quejaba porque no me daban el regalo de Navidad que había pedido. Poco podía imaginarse el sentido que esa chorradilla de refrán podía plantear por sí. Me habría ido mejor si hubiera hecho caso a Papá. Aunque podría ser peor. Podría haber acabado como él. Tengo que coger esa moneda.”

El ir y venir de los viandantes en parejas, en familia o solos, oculta a los dos por un instante, congelando sus miradas como los fotogramas en una cámara mientras los demás pasan por la calle, perdiéndose de vista y volviéndose a encontrar de nuevo. Sus ropas están raídas y su piel enmohecida, y parece como si se les hubiera caído encima el mismo bote de tinta, lo que hace dos pares de ojos, un par verde aceituna y el otro marrón oxidado, desde lejos brillan con claridad y algo humedecidos. Son un hombre y una mujer, o un chico y una chica, y los demás continúan hacia delante con prisa, parando sólo para dejar pasar a otros. Los pensamientos fluyen por cada una de sus cabezas, aunque no hablan.

“¿Por qué, Señor, por favor...está ella todavía detrás de mí? Bien. Mira este pobre personaje. (Nota: intenta cepillarte los dientes pronto, porque los pocos que tenía ese tipo parecían gominolas amarillas). Tenía sus piernas extendidas de modo que todo el mundo tenía que pasar por encima de ellas. ¿Por qué los tíos así de viejos tienen la piel como el cuero? Yo solo estoy moreno (estaba tostado). La camisa iba a juego con su piel. Una ducha caliente ahora mismo sería fantástico. Cuando cojamos un sitio –un “refugio”– no querré ningún otro jamás. Aún puedo sentirla detrás de mí. Muévete más rápido”.

“La gente me mira como si fuera una obra de caridad. Por supuesto que quiero algo de dinero, pero si viene junto con una cara llena de compasión, te lo puedes quedar. Me pregunto si

lo ha oído; suena como un tren corriendo por mi estómago. De verdad, necesito algo de comida. Dios, ¿podría al menos ir más despacio?”.

“Los que tratan de no mirarte son peores que los que lo hacen por un segundo –y nunca hay más de un segundo.”

Ellos hacen instintivamente un alto bajo el toldo de un comercio, preparándose para lo que las oscuras nubes sobre sus cabezas puedan traer. Mientras ella se mete en su bolsa de plástico para cubrirse de algún modo, él silba ansiosamente hasta que refrena a Herman, el montón de pelo marrón que cojea hacia ellos desde la muchedumbre. Herman arrastra su cuarta pata consigo, mientras se las arregla para no rezagarse detrás de la pareja. Sus duros ojos apenas son visibles entre la maraña de pelo, pero nunca pregunta nada y siempre los sigue.

“Eres un buen chico. Ahora pareces más un viejo, pero sigues en contacto conmigo mejor que ella. Necesitas agua. Yo también necesito un poco”.

“Algo de lo que hay aquí servirá. Al menos Herman estará bien. Tan feo como pueda parecer, ese abrigo gris de pelo lo mantendrá caliente de verdad, seguro que más caliente que yo. ¿Es normal tener envidia de una perro? Creo que podremos ir hacia ese albergue. Allí nos darán de comer. No. No soy uno de ellos. No necesito ayuda. El albergue está lleno de gente demasiado perra para encontrar comida. Me las puedo apañar solo. Leche, ya se han ido otra vez. ¿Dónde se han metido? No puedo encontrarlos.”

“Ella sola no duraría en la calle ni una hora. Es lenta. Se queja. Deja que la gente le pase por encima. Gish solía sacudirle de lo lindo antes de que lo trincaran, y ella estaba con él como si fuera un santo. Los santos no disparan.”

“Esto me hace recordar cuando tenía ocho años y me perdí por la calle. A mi tía le llevó encontrarme un cuarto de hora. Se me hizo eterno. Mi padre estaba en el bar, esperándome. Me dio un gran abrazo y me dijo que los siguiera más rápido la próxima vez. Ah, ahí están. ¿Debería agarrarle del brazo? ¿Dónde está Herman?”

Los dos abandonan las calles y hacen una parada atravesando las vías del tren, mientras negras nubes amenazan lluvia con la llegada de la noche. De nuevo, él silba con fuerza al perro que ahora debería estar allí. Hay varios railes unos junto a otros, y sabe que no dispone de

mucho tiempo para buscarlo. Mientras ella lo agarra del brazo, él se zafa y va unos pasos por delante mientras las vías comienzan a traquetear frente a él. Ella lee su cara de desesperación y le advierte entre dientes como una madre cuando le dice a su hijo que no cruce detrás de la pelota que se ha escapado. Mientras se aproximan de forma estruendosa toneladas de metal él titubea una última vez, y entonces queda aturdido por algo borroso y ensordecedor que hace girar los periódicos y la basura en un remolino a su alrededor. Ella lo agarra por la cintura y tira de él mientras el tren pasa; él permanece en blanco. Varios minutos después, mientras el ruido permanece, el tren ha desaparecido, y también Herman.

“Por Dios, Herman. ¿Dónde ha podido ir?. Tenía mal una pata, pero con las otras tres siempre se las arreglaba para ser nuestra sombra. Se está haciendo muy tarde. No podemos seguir dando vueltas. Señor, míralo. Parece más perdido que Herman. ¿Debería de decirle algo?. No estoy acostumbrada a dar consuelo a la gente. Creo que solo deberíamos de ponernos en marcha. Cada vez es más de noche y necesitamos un sitio donde estar y comer algo. Seguiré andando. Él me seguirá. Estará bien.”

“Maldita sea. ¿Dónde estás muchacho? La última vez que lo ví fue... Iba detrás nuestra en... Encontraré el camino de vuelta. Ha estado conmigo varios años. Comenzó siendo el perro de el Hombre de las Galletas y le dije que me ocuparía de él. Quizás volvamos a buscar después de cenar. No puedo abandonarlo. A lo mejor ella tiene algo suelto para comprar una bolsa de patatas, o una coca-cola, o...”

“No hay manera de encontrar algo de comer. El albergue está por lo menos a una hora. Para cuando lleguemos allí habrán servido el último plato de sopa. Si tuvieramos dinero del que disponer, que no es el caso, no nos dejarían entrar así en ningún sitio: mojados, sucios, vagabundos.”

“Retrocedo en el tiempo a la Navidad cuando estaba en sexto grado. Mamá está sentada en el sofá con un cigarrillo y yo con mi pijama de supermán. La habitación es luminosa y la televisión está encendida y mi padrastro está cocinando huevos con bacon pero nadie habla. Odiaba a Gary. Odiaba las cosas que le hacía a mi madre y aquellos comentarios groseros que me hacía en voz baja y me alegro de haber huido. Sólo un cobarde le pega a una mujer.

Lo habría matado si hubiera tenido ocasión. Yo habría... pero tenía miedo. ¿Dónde estamos?"

Después de caminar durante varios minutos, alza la vista para encontrarla buscando en una bolsa con medio cuerpo colgando del contenedor. Dentro hay piezas de fruta que no se han podrido (debe de pensar ella), y él permanece inactivo, sintiéndose menudo, con sus brazos pegados firmemente y gotitas de agua resbalan por la punta de su nariz. Arrastrando los pies con impaciencia, entonces escruta su bolsillo en busca de algunas monedas que ha decidido usar en la tienda china que brilla desde el otro lado de la calle. Antes de cruzar la carretera, le hace una señal a la chica, y se da cuenta de que un grupo de hombres merodean detrás de ella en el callejón. Ve a todo el mundo como una amenaza potencial.

"Parece que ha encontrado algo de dinero para malgastar en el "chino". Pero no me quiero hacer ilusiones. Le habrá comprado algo a Herman antes que acordarse de mí. Esto no parece mal de todos modos. Seguro, están blandos, y hay más parte picada que madura, pero me llenan el estómago por un rato. Tápate la nariz y mastica. Es un truollo que aprendí cuando papá intentaba hacer la cena. Nunca confíes en un cocinero borracho. No importaba lo que se pareciera a la comida, nunca sabía como tal. Creo que he desarrollado tolerancia a comer basura. Hay una mano en mi espalda. ¿Ya ha salido de la tienda? ¿Qué está pasando?"

Mientras espera en la caja con una bolsa de patatas, se gira para verla al otro lado de la calle, rodeada, casi sin distinguirla detrás del contenedor.

Su cabeza reacciona inmediatamente mientras las patatas se le resbalan de entre las manos un pie ya ha traspasado la puerta.

"Rápido. En silencio. Que no te vean venir."

"No me puedo concentrar. Son demasiados. Sólo líbrate de ellos. Da unos puñetazos y esperemos que alcancen un objetivo"

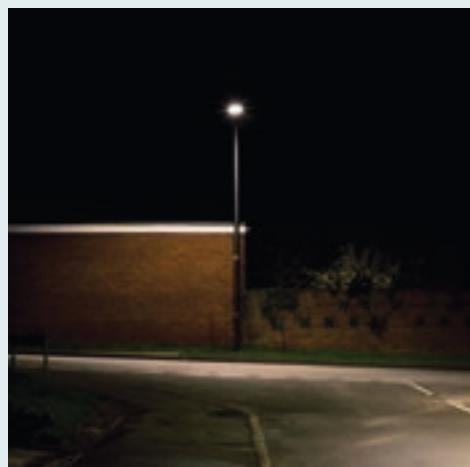
Él vuela hacia una amenaza desconocida con su mente a toda velocidad, aunque su cuerpo parece moverse a cámara lenta. La pelea y el dolor no significan para él más que otro reto de la calle; su falta de miedo la ha aprendido de la experiencia, y de la necesidad. Se acerca y ve tres hombres, posiblemente bebidos, rodeándola y practicando un juego cruel al que va a poner fin a toda costa.

Ella da manotazos desesperadamente y pasa de uno a otro, mientras ellos ríen y le dicen cosas terribles que le recuerdan asuntos pasados. Quiere gritar pero siente su garganta oprimida y no parece capaz de hallar ni una brizna de aire.

"Maldición, ¿dónde está?. Si apenas podía yo sola con Gish, ¿cómo voy a escaparme de tres... o eran cuatro?. No puedo ver. No puedo respirar. ¿Dónde está?"

Toda su atención recae en el hombre al que se aproxima, mientras visualiza lo que hará- se ve a sí mismo embistiendo, metiendo el puño en el cráneo de este hombre que se había atrevido a reabrir todos los recuerdos horribles y violentos de su pasado: su infancia, su padrastro, miles de narices sangrando y de ojos morados.

"Nadie puede llevarte lo que me pertenece."



El golpe que propina al primer atacante es como el trueno, mandando al tipo al suelo, atravesado en la acera, horizontal, como salido del cemento fresco. Su impulso le lleva con el hombre inconsciente y resbala, arañándose los antebrazos.

"¡Levanta! ¡Rápido!"

Los otros dos tipos la dejan y ella permanece con la cara blanca. Está deseosa de ayudar pero demasiado preocupada para intervenir. Aguarda sin esperanza, rezando para que todo acabe pronto.

"¡Levanta. Venga. Levanta!"

Ellos lo tienen, y ve codos y pies y oye gruñidos y lo ve retorciéndose para esquivar los golpes, debajo de dos hombres. De repente se oyen disparos de fondo por quién debe ser el dueño de la tienda. Después llega el sonido de

sirenas distantes. Los dos atacantes lo sueltan, recogen a su tercer amigo y desaparecen dentro del callejón tan rápido como llegaron.

"Me han dejado. Mi cara y las costillas los siento entumecidos. Creo que aún me puedo mover. Tenemos que salir de aquí. Dios, maldición, estoy sangrando por todas partes."

"Señor, está horrible. No creo que pueda levantarse solo. Tengo que sacarlo de aquí. Si vienen los policías, estamos jodidos. Si solo lo apoyo en mi hombro creo que seré capaz de llevármelo, como una muleta. ¿Haría esto él por mí?"

Ella se las ingenia para arrastrarlo hasta un callejón cercano. Lo coloca contra la pared, sus miembros son demasiado débiles para soportar su peso. La camisa está rota, más de lo que lo estaba esta mañana y su cara es apenas reconocible. Un reguero de sangre cae del extremo izquierdo de su boca y ella se la limpia con el dorso de su fría mano.

"Estoy bien, estoy bien. Ella me cuidará."

Los dos se miran absortos, mientras la lluvia cae tras la luz amarilla de una farola que cuelga sobre una puerta trasera, en algún lugar en el centro de la ciudad. Nadie en el mundo sabe donde están. Nadie los busca. Sus brazos lo confortan y el dolor de la pelea subsiste un poco mientras él se hace consciente de ella cada vez más. Se gira y la mira por un momento glorioso y desconocido, de verdad, no tiene pensamientos recorriendo su cabeza de forma obsesiva, y sólo desea que ella le diga algo, que todo irá mejor. O, sólo acostarse aquí, en el placer de alguien que le ama cuando ella no tiene por qué. Y entonces él habla:

"Siento todo esto. Siento que tengamos que pedir por estas calles mugrientas y pasar cada noche de nuevo en otra mierda de agujero y no tener ni siquiera dinero para comprar dos bolsas de patatas... y, lo siento tanto..."

"Está bien." Ella lo tranquiliza. "Nunca necesité mucho. Sé que algún día nos pondremos en pie. Encontraremos algún lugar a donde ir, donde vivir. Podremos comenzar de nuevo. Formaremos un hogar"

"Tú eres el único hogar que necesito"

Ella sonríe por primera vez ese día. Mientras se levantan y andan con dificultad, ya no camina detrás de él, sino a su lado. No saben a donde ir, no tienen a donde ir, aunque todo está bien, más o menos. ■

LA OTRA SEVILLA

texto de Laurel Benz / traducción de Daniel Calvo



Un recorrido por el poblado de chabolas de El Vacie, la zona más pobre de la capital de Andalucía, donde sus habitantes luchan por salir adelante en condiciones infráhumanas.

Imagina por un momento que se han llevado todas tus pertenencias. Que no tienes nada más que lo que llevas puesto encima. Ahora imagina que tu casa desaparece. Todo lo que conoces ha desaparecido, todo lo que asocias con el hogar ya no existe. ¿Qué harías? ¿Qué harías si nunca hubieras tenido ninguna de esas cosas, si todo lo que asocias con el hogar nunca hubiera existido? En el barrio chabolista de El Vacie, en Sevilla, el espíritu de hogar aún se puede encontrar en los lugares más lúgubres, y unos niños sin futuro reconocen el amor y el cariño que proviene de un sitio al que llaman casa. En la guardería Mari Ángeles, los niños experimentan la sensación de estar rodeados de gente que los quiere, les da de comer, los cuida y juega con ellos. Los pequeños experimentan un sentimiento de seguridad y una educación con reglas y límites.

El Vacie es la zona más pobre de Sevilla. Está situado entre el cementerio de San Fernando y la autovía de circunvalación S-30. Esta "barriada" aloja a más de 200 familias, sumando a más de 800 personas. La gran mayoría de la población se compone de familias gitanas, y esto incrementa aún más el sentimiento de rechazo generalizado hacia este lugar. La situación física y económica de las familias de El

Vacie se encuentra muy por debajo del umbral de la pobreza; la mayoría de ellos ni siquiera tiene agua caliente ni electricidad. Además, el noventa por ciento de estas familias tiene a uno o más de sus miembros en la cárcel y/o presa de las drogas. La drogodependencia es sólo uno más de los graves problemas que afrontan los habitantes de El Vacie.

Durante el día casi todos los niños están fuera: los han llevado en autobús a los colegios de la zona. La asistencia a clase es obligatoria para todos los niños de entre 5 y 16 años, aunque muchos de ellos abandonan el colegio antes. Puede ser que sus padres no les insistan para que vayan; muchos simplemente no quieren continuar, y algunos se casan antes de tener 16 años, por lo que se ven obligados a encontrar un trabajo para mantener a su nueva familia. En el caso de las chicas, muchas tienen que dejar el colegio incluso antes de esa edad para echar una mano a su madre en casa. Como consecuencia de esto, muchos padres jóvenes son analfabetos y no pueden ver la importancia de una buena educación. En la cultura gitana los matrimonios concertados por las familias son muy comunes. Muchos de esos pactos los acuerdan los padres cuando los niños nacen, y

se ponen en práctica en cuanto tienen 13 ó 14 años. Éste es sólo un ejemplo de la ley gitana.

Los residentes de El Vacie viven de acuerdo a esa ley, que con frecuencia entra en conflicto con los requisitos judiciales de la legislación española. Por ejemplo, si unos padres no pueden o no quieren hacerse cargo de su hijo, tienen que acatar la ley y seguir los dictados judiciales al respecto. En El Vacie, y según la ley gitana, si los padres no quieren a su hijo, basta con expresar su deseo de deshacerse de él y pueden abandonarlo. María Eugenia, vecina de El Vacie, es la abuela de Cristina, de 2 años. Ya se ha quedado sin dientes; sujetada a su nieta, y muestra una actitud crítica: "Mi nuera tiene 20 años y no la quiere. No cuida de su hija. Cristina está conmigo; ella es mía según la ley gitana. Los de la guardería tenéis que reconocer que ahora es mi hija". El sistema burocrático, con los papeles de la adopción y las vistas judiciales, es incomprendible para muchos de ellos. Los padres biológicos dicen que no la quieren, y como es su abuela la que la alimenta y la viste, eso ya es suficiente. Para tratar de entender la ley gitana, hay que tener en cuenta que la palabra escrita tiene poco valor para ellos. Los acuerdos verbales son primordiales, sagrados e irrompibles.

• • •

Los taxistas se niegan a llevarte a El Vacie, por temor a las imágenes estereotipadas de gitanos ladrones y peligrosos que esperan para tender una emboscada al inocente conductor. Lo que hacen es dejarte al lado del último contacto con el casco urbano: el cementerio. Al doblar su esquina, te sientes transportado a otro mundo. Todavía en el año 2007, en una de las ciudades más grandes de España, existen barrios chabolistas como el de El Vacie. Han desaparecido las calles limpias y pavimentadas del centro de la ciudad. Lo mismo ocurre con los grandes bloques de pisos y la arquitectura clásica de la Catedral y el Alcázar. En su lugar hay caminos de tierra llenos de basura y baches, flanqueados por chabolas hechas de madera, plástico y metal recogidos de la calle,

con sábanas para tapar los huecos y crear una ilusión de privacidad.

El interior de estas casas sirve sólo para empeorar la impresión sobre el lugar. Con suelos de tierra, gravilla o cemento, la mayoría de estas viviendas de una o dos habitaciones son muy distintas a lo que la población de Sevilla en general se dignaría a llamar hogar. Al andar por los caminos de tierra, se puede ver el interior de las casas: tras la sábana que cubre la entrada, se pasa por viejas lonas fijadas con clavos a paneles de madera, hasta llegar a las habitaciones con suelo de cemento desnudo y espacios vacíos. Los diversos olores que señalan un nuevo día están en el aire, mezclándose con el humo de las hogueras, siempre presentes, que arden en la carretera. Al no tener calefacción, las

casas se convierten en "neveras en invierno", comenta Pili, una trabajadora de la guardería. Observando detenidamente la vasta extensión de chabolas, Falin, otro de los trabajadores, reflexiona sobre la situación: "El Ayuntamiento ve lo que hay aquí, y no quiere que la gente lo sepa. Estamos casi en 2008 y en una ciudad como Sevilla la gente todavía sigue viviendo así. Los periódicos no publican nada al respecto, y nadie sabe o se preocupa lo suficiente para cambiar las cosas".

El primer edificio propiamente dicho es la guardería, un pequeño complejo cerrado y parcialmente aislado del resto del gueto. Fuera espera un grupo de madres con niños a los que necesitan dejar allí. Algunas de ellas no parecen tener más de 17 años, y a casi todas les faltan

(reportaje)

la mayoría de los dientes. Pili abre la puerta a las nueve y recibe los gritos de reconocimiento de los niños, así como la exasperación de las madres: "¡Hola, guapa, llegas tarde! ¡Son las nueve pasadas! ¡Tengo que cambiarle el pañal a Álvaro, y a su hermana hay que lavarle la cara!", espeta una. A medida que las madres llegan, dejan a sus hijos y se van, los llantos de los niños comienzan y los gritos de "¡Mama, Maaama!" se pueden oír desde todas las habitaciones. Una vez que se comprueba que no falta ningún niño y las madres se han marchado, se sirve el desayuno; así, con los críos más o menos contentos, comienza la jornada.

Al entrar en la guardería, es posible advertir que se ha cuidado hasta el último detalle, pero aun así urgen reparaciones y una modernización del centro. El suelo está hundido por algunos

sitios; los paneles de conglomerado forman charcos que hay que rodear. Las clases están decoradas alegramente, con grandes cajones de plástico llenos de juguetes, dibujos de brillantes colores que representan escenas de niños jugando felices, y lo que les ocurre a los niños desafortunados que pegan a sus amigos. Mientras los maestros ponen orden e inicián la clase, por todo el edificio se escuchan los ecos de la música y las risas, interrumpidos de vez en cuando por el ruido de golpes y gritos. Pili se encarga de los niños de 2 y 3 años. Juega con ellos y juntos cantan canciones de números, mientras intenta mantener el estruendo a un nivel de ruido aceptable. Con su grito de "¡Hola, gordos!" y su constante preocupación por todos y cada uno de los chiquillos, se puede apreciar que estos niños son queridos y están cuidados.

La mayoría de los sevillanos están acostumbrados a su agradable existencia en la ciudad. Son conscientes de que la pobreza existe y que los sin techo acampan en los portales y esquinas todo el día, pero lo ven como algo lejano, algo que sólo sucede a los que son mayores o están enfermos, aquéllos a los que nadie cuida y no tienen familia. Los niños que viven en El Vacío contradicen claramente esta suposición. Estos pequeños no han hecho nada malo excepto nacer en el seno de una sociedad que les obliga a estar en los márgenes desde que vienen al mundo. Su camino está trazado antes de poder andar; sus familias futuras elegidas antes de poseer la capacidad de pensar con coherencia y escoger algo diferente. ■

Fotos de Falín M. Galván en El Vacío



EL CORAZÓN DE BAGDAD

texto de Olivia Rosane / traducción de Jesús Trujillo

Un relato de ficción sobre la odisea real de los millones de iraquíes a los que la violencia de la guerra ha echado de sus casas y convertido en refugiados, obligándoles a empezar una nueva vida desde cero.

Cuando su hermano le contó que un grupo de fundamentalistas había disparado a la ingeniera sólo por ser mujer y no renunciar a su trabajo, Yasir miró a su hija de tres años que apilaba bloques sobre el suelo de baldosas y supo que no tenía elección. Cogió el teléfono, gracias a Alá ese día funcionaba, y marcó el número del bufete de abogados de su hermana en Nueva York.

—Vale —refunfuñó al teléfono— tú ganas.

—Oh, Yasir, me siento muy aliviada —contestó en su inglés americano pulido y fuerte como un diamante, un inglés que había perfeccionado tras veinte años de estudiar y vivir en el extranjero—. No te preocupes, conozco a gente en Inmigración —le aseguró ella—, puedo conseguirlo.

Yasir suspiró y miró por la ventana mientras la palmera, el orgullo de su jardín, atrapaba la encendida esfera de la puesta del sol entre sus hojas. Casi podía olvidarse de la guerra y la ocupación —esta increíble realidad desde hacía tres meses— cuando miraba sólo ese árbol, cuando cerraba los ojos a las carreteras resquebrajadas por el peso de los tanques americanos y a la casa del vecino con el agujero causado por el impacto de una bomba americana que se había desviado. Se quedaba contemplando la palmera y pensaba sólo en los treinta años leyendo a su sombra.

—No hubo nunca fundamentalistas en Iraq antes de la invasión —dijo entre dientes—, tal vez los americanos nos dejen y la vida vuelva a la normalidad.

—Yasir...—advirtió exasperante la voz de su hermana.

—Sólo me preocupa el futuro de mi niña tan lejos de casa.

Con la mala conexión, la voz de su hermana se suavizó.

—Nueva York se convertirá en su hogar, y en el tuyo también. Como dicen en Estados Unidos: el hogar está donde se encuentre el corazón.

La luz escogió ese momento para parpadear; el ventilador del techo dio una sacudida y murió, y el calor de junio se agachó detrás de él como con pavor. *El hogar* —dijo frunciendo el ceño— está donde se encuentre el corazón. Ése era justo el tipo de frase que utilizaban los americanos, de las que se llevaban toda la amargura de la despedida y del exilio, la freían bien, la cubrían toda de azúcar y la vendían a los pequeños por un dólar. Yasir negó con la

cabeza las palabras de su hermana. Incluso si la invasión americana le obligase a abandonar su casa, no permitiría que se endulzara la injusticia con un cliché *made in America*.

La medianoche antes de abandonar Iraq, una despedida que había tardado nueve meses en hacerse realidad, Yasir rompió uno de los marcos vacíos que aún colgaban de la pared del salón (todas las pinturas se habían metido al fondo de las maletas), frotó con alcohol el trozo más afilado que pudo encontrar y lo usó para sacarse el corazón. En el hueco se metió un trapo todo arrugado que absorbió la sangre de las venas y volvió a bombearla por las arterias. El ¡pumpum! que antes sonaba en el pecho fue reemplazado por un ¡surpsurp!, ¡surpsurp!, y cada vez que el nuevo ritmo más fresco enviaba la sangre a las yemas de los dedos, también mandaba una punzante alegría. Con cuidado, envolvió el corazón en el chal favorito de su difunta madre y lo enterró bajo la palmera. Ahora, a pesar de lo que los americanos hicieran o dijesen, su corazón y su hogar se quedarían en Iraq.

Saber eso era lo único que tranquilizaba a Yasir en su nuevo hábitat. Llegó a la ciudad de Nueva York a principios de marzo, su época favorita del año en Iraq cuando se podía disfrutar del sol de mediodía sin chaqueta aunque sin sudar. Pero en Nueva York el aire de marzo era tan frío que temía que su sangre se congelase cada vez que salía de su pequeño apartamento en Washington Heights. Las gélidas ráfagas de viento se levantaban en el Riverside Park y hacían vibrar el pequeño puesto donde trabajaba vendiendo falafel en la esquina de la 116 con Broadway. Tenía las manos tan entumecidas por el frío que ni siquiera se daba cuenta cuando se quemaba con el aceite, hasta que por la noche su mujer le preguntaba por las manchas rojas de las yemas de los dedos. Todavía más fríos eran los clientes que visitaban su puesto. Echaba de menos el intenso contacto de su panadería de Bagdad, donde la necesidad de negociar los precios con los clientes les obligaba a mirarse fijamente a los ojos y agitar las manos en la cara del otro. Pero aquí pedían universitarias con indecentes faldas cortas y ridículas botas peludas mientras se reían de las fiestas donde se habían emborrachado con los amigos; pedían profesores con abrigos de lana mientras debatían entre sí abstractas teorías filosóficas, y pedían madres con chaquetones

y botas de piel mientras chillaban por el móvil a invisibles niñas. Y ninguno de ellos le dedicaba una sonrisa.

—Para de quejarte —le dijo su mujer un tarde de sábado cuando se acurrucaban en un banco del Riverside Park, viendo jugar a su hija con los restos de una caprichosa nevada de abril—. Tuvimos suerte de poder salir.

—¿Suerte, suerte? ¡Elegir entre la muerte y el exilio no es tener suerte, Farrah! —dijo él dando una patada y levantando al aire cristales de nieve.

Farrah suspiró y se ciñó más el pañuelo a la cabeza.

—Al menos Safia es feliz —dijo ella, haciendo una señal con la cabeza hacia donde estaba tumbada su hija, al lado de una niña con rubias coletas y un mono de invierno rosa brillante donde ponía Barbie con letras plateadas en la parte delantera. Las dos agitaban en la nieve los brazos y piernas arriba y abajo, intercalando entre sus movimientos chillidos esporádicos.

—Mira, papá —gritó Safia levantándose y ondeando sus ridículas manoplas moradas—. He hecho un ángel de nieve. Brittany me ha enseñado.

A Yasir no le gustaba que una niña con el nombre de una presumiosa celebridad americana le enseñara a su hija cómo hacer símbolos cristianos con una helada sustancia extranjera que seguro que haría que cogiese una pulmonía, a pesar de la insistencia de su hermana en lo contrario. Pero entonces los labios de Safia tomaron la forma de una media luna al revés tan brillante como la nieve de alrededor, y él le devolvió la sonrisa antes de que pensara en fruncir el ceño.

Cuando pasó un año y comenzó otro nuevo, Yasir aprendió a vislumbrar ciertos cambios en el ritmo de las estaciones de Nueva York. Aunque siempre tiritaba con las primeras lluvias primaverales que convertían las calles en ríos, aprendió a buscar el primer indicio de hojas verdes en las peladas ramas del Riverside Park. Aunque se asfixiaba cada vez que el calor del metro subía por las rejillas de acero para mezclarlo con el ya húmedo aire estival, aprendió a dejarse sorprender en sus paseos por el parque las noches de verano, con Safia de la mano, y a guiñar juntos a las luciérnagas. Aunque odiaba la prisa repentina otoñal por oscurecer —odiaba montar y quitar su puesto sin una pizca de luz natural—, aprendió a buscar el primer destello

naranja en los árboles; y aunque salir en invierno nunca dejó de parecerle como si pisara un manto de agujas, aprendió a desechar que llegara la primera nevada del año para borrar la división entre la calle y la acera y obligar a las calles sucias y concurridas a que dejases un día para la ablución y el descanso.

Con relativa rapidez, a los cuadros de Iraq, desembalados y colgados en la pared detrás del sofá, se unieron otros: Safia jugando al corre que te pillo en la acera con niños del barrio –dominicanos, afroamericanos, caucásicos y judíos– sin miedo a que hubiese una bomba al borde de la carretera o luchas sectarias; Yasir jugando al ajedrez en la acera con un anciano de Nigeria, también musulmán, que vivía en el piso de abajo; Farrah intercambiando recetas en la entrada de la casa con Carmen, una dominicana gordita y sonriente que tenía cuatro hijos. Otros documentos se colocaron junto a los cuadros: las notas de Safia de primaria y luego de secundaria repletas de positivos y sobresalientes, y los resultados de la prueba de acceso al bachillerato especializado que le garantizaban una plaza en el prestigioso Instituto Stuyvesant.

Pero el resentimiento aún logró colarse como aire invernal por debajo de las ventanas. En el primer día de instituto Safia llegó a casa dando un golpe con el libro de matemáticas en la mesa de la cocina, con un enfado por culpa de un imbécil que estaba detrás de ella en la cola del comedor y le había preguntado si escondía una bomba debajo del velo. El *¡surpresa!* del corazón de Yasir se aceleró con un resoplido de enfado.

–¿Cómo se llama? –gritó él–. Haré que lo expulsen.

Pero Safia se calmó de repente, avanzó hacia su padre y le aflojó los puños con las yemas de los dedos endurecidas de tanto usar el ordenador.

–No te preocunes, papá –le dijo–, tan sólo es un ignorante. Lo que tengo que organizar es algún tipo de reunión informativa después de las clases sobre la cultura musulmana.

El “tipo de reunión informativa” se transformó durante el curso en un gran espectáculo multicultural. Una noche de finales de mayo, Yasir y su mujer tomaron el metro al centro para ir al instituto de su hija a ver el “Festival de los Orígenes”, que habían organizado Safia y sus íntimos amigos. Se sentaron y probaron comida étnica que habían hecho los compañeros de Safia. Yasir reconoció el *kubba* de su mujer preparado fielmente por su hija, a pesar de que las almendras no tenían el crujiente dulzor de las almendras de Iraq. Mientras comían, estudiante tras estudiante subían al micrófono para hablar sobre Guatemala, Italia, Polonia, Marruecos...

Yasir sintió los ojos irritados por las lágrimas cuando oyó a su hija hablar con apasionadas abstracciones sobre el legado cultural del imperio babilónico y de Bagdad durante su época dorada como capital del imperio musulmán, sobre los cinco pilares del Islam y el verdadero significado de la *yihad*, sobre la injusticia cometida contra su país por las sanciones, las invasiones y la guerra civil. Pero, para su sorpresa, las lágrimas no eran lágrimas de tristeza: no lamentaban que Safia no conociera la silueta del horizonte de Bagdad o la fuerza intensa de la llamada a la oración. Por el contrario, las lágrimas surgieron ante el asombro de ver a su hija allí de pie con la cabeza bien alta cubierta por el pañuelo en una cafetería americana, y las caras de estudiantes y profesores americanos mirándola con respeto.



¡Pum-pum! Algo fuerte golpeaba el tórax de Yasir; una corriente de miedo latía en el estómago. *¡Pum-pum!* Allí estaba otra vez. Una ola de calor se expandía por el cuerpo y luego se disipaba, dejándole tembloroso y con gotas de sudor que le corrían por la frente. *No puede ser lo que estás pensando.* Se consolaba a sí mismo. *No es posible.*

Pero todo el camino de vuelta a casa en el metro, mientras contemplaba a Safia y a Farrah elogiando el éxito de la noche, el mismo *¡Pum-pum!* seguía dando la lata en el pecho, y Yasir sabía que sólo había una manera de calmar el miedo que circulaba por las venas temblorosas.

En los doce años desde que se había marchado, Iraq había dejado de ocupar las portadas de los periódicos y había pasado a formar parte de la lista de países cuyas malas noticias ya no son noticia. Aun así, se consideraba

bastante seguro viajar a Bagdad desde que la violencia incluso había cesado. Los americanos se habían retirado tras los muros fuertemente vigilados de su parque temático de embajada, y los fundamentalistas se contentaron con ejercer su poder sobre aldeas rurales desarmadas.

–¿Por qué vas? ¡Todavía no es seguro! –le reprendió su mujer.

–¿Por qué no puedo ir contigo? –se quejó su hija con tristeza.

Pero Yasir sólo movía la cabeza mientras paraba a un taxi para que le llevarse al aeropuerto y dijó que era algo que debía hacer solo.

Las calles de Bagdad estaban más polvorrientas de lo que recordaba: en algunos sitios el polvo había ganado por completo la batalla al cemento, de modo que incluso comenzaba a dudar si ésta o aquélla carretera había estado pavimentada alguna vez. Cuando volvió la esquina de su antigua calle, la sangre se le aceleró con el pensamiento de ver de nuevo el orgulloso perfil de su palmera contra el cielo. Pero cuando apareció, parecía que pinchaba el cielo con una extraña maldad. En contra de su voluntad, deseó entonces ver la alta y delicada silueta de un frondoso arce. Yasir se quitó el pensamiento de la cabeza y caminó más deprisa hacia la palmera. Tal y como se acercaba, vio que su casa la habían echado abajo y que tres casas de cartón y hojalata ondulada habían ocupado su lugar. Miró con aire de culpabilidad a los hombres y mujeres de grandes ojos y flacuchos miembros repantingados en las improvisadas puertas de sus casas y tratando de matar las moscas. Yasir no podía evitar el alivio de saber que Safia no era una de ellos. Sus ojos le siguieron mientras se acercaba a la palmera, y con una pala recién comprada que llevaba al hombro comenzó a cavar, pero ninguno de ellos dijo una sola palabra.

Yasir cavaba como podía –unas veces impulsado y otras detenido por la presión de esos ojos silenciosos fijos en su espalda, el azote del calor estival que carecía de la humedad protectora de Nueva York, los fuertes latidos extraños en el pecho...

Al final su pala rozó algo blando. Yasir la tiró como si quemase y se arrodilló junto al agujero que había hecho. Cerró los ojos apretándolos, extendió la mano hacia dentro y sacó algo blando a la luz. Temblando, abrió los ojos. En las manos no había más que un trapo arrugado.

Yasir se planteó sacarse el corazón de nuevo, esta vez sin reemplazarlo. Pero de repente se encontró tan cansado que sólo podía pensar en leer con su mujer y su hija en un banco al lado del río Hudson mientras una brisa agitaba los árboles... Sollozando, Yasir tocó con la frente el suelo. ■

De la cueva al adosado

texto de Stefan Bloomfield / traducción de Almudena Chacón

En busca de un modelo de alojamiento eficiente, sostenible y asequible

Al comienzo de la historia los humanos buscaban cobijo para protegerse de los elementos y los depredadores. Desde entonces, el concepto de hogar ha cambiado y se ha vuelto más complejo, como un reflejo del mundo en que vivimos. Aún quedan muchas cosas por resolver, empezando con que no todos pueden acceder a una vivienda. Este problema se ha incrementado debido al crecimiento de la población, las demandas culturales y la globalización. Encontramos dos casos llamativos en Estados Unidos y España, donde, por diversas razones, se ha producido una creciente demanda de vivienda que ha desembocado en situaciones críticas debido a la especulación, las tensiones financieras y la incapacidad de las autoridades y los agentes sociales para mantener un mercado estable.

En Estados Unidos, el incremento de la demanda de compra de viviendas ha causado este año un enorme crecimiento en el sector de las hipotecas de alto riesgo. Estas hipotecas etiquetadas como "de una segunda oportunidad" se ofrecen a los prestatarios con un crédito más bajo que los préstamos tradicionales; normalmente conllevan un gran riesgo para ambas partes y un tipo de interés más alto (alrededor de un 2% más que en las hipotecas normales) para los que piden el dinero. El incremento del riesgo proviene de la alta posibilidad de impago. Los prestatarios con un índice de crédito inferior a 620 puntos en una escala de 350 a 850 son considerados normalmente prestatarios de alto riesgo (NematNejad). El índice de hipotecas de alto riesgo ha subido bruscamente en los últimos años, alcanzando una cifra récord en 2005, y en consecuencia el número de propietarios de viviendas en los EEUU ha llegado al porcentaje récord del 69%, el porcentaje más alto en la historia de los EEUU (NematNejad).

Los préstamos de alto riesgo se ejecutan con un tipo de interés mucho más elevado que los préstamos normales: un 3,3% frente a la media de un 1,1% (NematNejad). Pero este sector financiero de las llamadas ahora "hipotecas basura" empezo a declinar en 2006. Desde el año pasado, 20 entidades crediticias de alto riesgo han presentado solicitud de declaración de quiebra. El caso más llamativo es el de *New Century Financial Corporation*, la segunda entidad de este tipo más grande del país. El fracaso de muchas empresas y el incremento del interés de demora de los prestatarios hicieron que el

mercado inmobiliario descendiese en picado. El aumento de los impagos provocó que los precios de la vivienda cayesen, hasta que el problema terminó por afectar a toda la economía estadounidense. Al hacerse pública esta crisis, el dólar experimentó la mayor bajada en 26 años en comparación con la libra esterlina (NematNejad).

Algunas causas del problema radican en los agentes de hipotecas que captan con su excesivo entusiasmo a los prestatarios, la falta de conocimiento de los clientes al meterse en complicados contratos de préstamo, las infladas tasaciones de la vivienda y la ausencia de regulación por parte del Gobierno en el sector inmobiliario en general (NematNejad). Además, los agentes comerciales que venden las hipotecas están exentos por ley de los pleitos relacionados con los posibles fraudes. Este hecho ha ayudado a que el mercado de los valores con respaldo hipotecario se triplique desde el 2000; el año pasado fue el primero en el que más de la mitad de los valores basados en activos (prestamos respaldados por alguna propiedad de valor como la casa, un coche, etc.) que se emitieron estaban respaldados por préstamos de alto riesgo (NematNejad).

Muchos ven esta crisis como algo aislado que no afectará a la economía de forma global. Otros, en cambio, creen que será el catalizador de una gran quiebra general del sector de la vivienda y quizás de otros también.

La cuestión es que si los préstamos de alto riesgo pueden tener resultados tan catastróficos para las entidades crediticias, los hipotecados y la economía, ¿por qué son legales y por qué quería alguien implicarse? Naturalmente, a mayor riesgo mayor será el beneficio, o la desgracia en este caso. En teoría se puede decir que existen compañías de hipotecas de alto riesgo que son justas. No hay que confundirlas con las entidades depredadoras que "cobran más intereses y tasas de las necesarias para cubrir los riesgos asociados, contienen términos o condiciones abusivas y/o no tienen en cuenta la capacidad de los prestatarios para reembolsar los préstamos" (Dickstein and Thomas). Estas compañías a menudo tienen la intención de forzar a los prestatarios para que paguen, de modo que puedan recuperar la garantía. No se cuestiona la existencia de estas empresas financieras, pero lo que no está tan claro es decidir qué constituye un préstamo justo o injusto.

El hecho es que no hay suficientes leyes federales para regular este mercado y hay que tomar más medidas para proteger a los prestatarios y a las entidades crediticias por igual.

Al otro lado del Atlántico, España también afronta su propia crisis. En estos últimos años se ha disparado la deuda familiar. En 1997 los ingresos anuales disponibles eran el doble de las deudas familiares, hasta que en 2004 el dinero que se debía superó por primera vez a lo que se ganaba. Es más, los préstamos se han triplicado desde 1997 a 2005, pasando de 200.000 millones de euros a 595.000 millones, lo que equivale a un 74,5% del PIB, y el precio de la vivienda se ha disparado en un 150% (Lee). En 2005, el promedio del coste de una hipoteca era de 124.000 euros, mientras que el salario medio mensual era tan sólo de 1.400. En 2004 la banca calculó que el precio de la vivienda estaba sobrevalorado en un 35% y que el mercado de la vivienda se estaba volviendo cada vez más susceptible de sufrir vaivenes por los cambios económicos (Lee). Los expertos consideran que esta burbuja del precio de la vivienda se ha creado por la combinación de altos niveles de empleo, tipos de interés bajos, el mayor acceso a los créditos y la demanda extranjera de viviendas en España (Lee).

Hay varios extremos a considerar en este gran crecimiento en el sector inmobiliario y de la construcción. En primer lugar, si los bancos españoles están en lo cierto al suponer que el precio de la vivienda se ha inflado, las consecuencias pueden ser graves. Si los tipos de interés continúan subiendo, el ritmo del crecimiento económico disminuirá y los españoles alcanzarán el límite de su capacidad para pedir préstamos. Si esto llega a suceder, el mercado de la vivienda caería en picado y muchos españoles que han invertido sus ahorros en la compra de pisos o casas verían cómo sus ganancias se esfuman.

En segundo lugar, debido al alto coste de la vivienda, pocos jóvenes son capaces de encontrar una. De acuerdo con un estudio realizado en 2001, menos de un tercio de los jóvenes en España entre 25 y 30 años ha dejado de vivir con sus padres (Albarracín). Además, ese mismo año la tasa de empleo temporal alcanzó niveles sin precedentes: "(un 63% de la población entre 20 y 24 años, un 44% entre 25 y 29, y un 29% entre los 30 y 35 años)" (Albarracín). Dado que muchos jóvenes no tienen movilidad

laboral al no tener capacidad económica para encontrar vivienda en otro sitio, su potencial de trabajo a largo plazo se reduce considerablemente y se ven obligados a coger trabajos a tiempo parcial, de modo que cobran menos, sus ingresos disponibles disminuyen y continúa el círculo vicioso. Esta situación perjudica a la economía en su conjunto. La reducción de la movilidad trae consigo la escasez de mano de obra. Con una vivienda asequible estos puestos se cubrirían, pero en la situación actual es imposible.

Es fácil olvidar que no hace demasiado tiempo nuestros antepasados no tenían el concepto de hogar “fijo”. Muchas culturas del pasado practicaban tradiciones nómadas, y todavía algunas las mantienen hoy día o incluso las han *resucitado*, como algunos habitantes de Kirguistán que, tras la caída de la Unión Soviética, volvieron al nomadismo que les habían obligado a abandonar para concentrarse en las ciudades. Hoy en día, evidentemente, este estilo de vida no es posible en muchas partes del mundo, por el crecimiento disparado de la

población, el incremento de la tecnología, unas situaciones vitales complejas, la necesidad de seguridad y la obsesión con ser propietario de la “casa”. Tanto en EEUU como en España y el resto del mundo, debemos encontrar un modelo de vivienda eficiente, sostenible y asequible para que podamos asegurarnos de que todos tengan acceso a un lugar al que puedan llamar, dignamente, hogar. ■



Fuentes:

- NematNejad, Aaron. “The Subprime Meltdown-An Explanation.” Best Way to Invest. June 27, 2007. Bestwaytostinvest. Oct. 10, 2007 <http://www.bestwaytostinvest.com/subprime-meltdown?gclid=CKrn__WRwY8CFQ7sXgodmQrhQg>.
- Dickstein, Carla and Thomas, Hannah. “Subprime and Predatory Lending in Rural America: Mortgage lending practices that can trap low-income rural people.” Carsey Institute. Fall 2006. Carsey Institute. Oct. 10, 2007 <http://carseyinstitute.unh.edu/documents/PB_predatorylending.pdf>.
- Lee, Keith. “Household Debt Soars in Spain.” World Socialist Web Site. International Committee of the Fourth International. July 12, 2005. World Socialist Web Site (WSWS). Oct. 10, 2007 <<http://www.wsws.org/articles/2005/jul2005/spai-j12.shtml>>.
- Albarracín, Daniel. “Housing problems have employment impact.” eironline. March, 11 2003. European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions. Oct. 10, 2007 <<http://www.eurofound.europa.eu/legal/copyright.htm>>.

Americanos “on the road”

texto de Jessica Ferraro / traducción de Laura González



(análisis)

Los Estados Unidos de América ofrecen una experiencia única para el viajero: una superficie de 3.537.438,44 millas cuadradas (9.161.923,5 kilómetros cuadrados) con cimas cubiertas de nieve y exuberantes valles, extensos ríos y majestuosos lagos, fértiles llanuras y áridos desiertos. Desde lo más profundo del sur hasta las llanuras del medio oeste, se puede encontrar en cada región del país una cultura que es distintiva del territorio que habita. Obviamente, con todas estas bellezas que se ofrecen, muchos americanos buscan trasladarse y descubrir por ellos mismos otra parte del país. De hecho, aproximadamente el 14,5 % de los 281.421.906 habitantes de los EEUU se mudaron en el año 2000, bien a una nueva ciudad de su condado o estado o a otro estado diferente.

En comparación, el territorio español abarca un total de 505.990 kilómetros cuadrados (195.000 millas cuadradas) de magníficas costas salpicadas de brillantes casas blancas y tejados rojos, kilómetros de viñedos y olivares esparcidos por todo el campo e históricas ciudades donde suenan las campanas de las altas torres de las catedrales, todo ello muestra de una cultura rica en historia y tradición. La lengua varía mucho de norte a sur al igual que el paisaje y el estilo de vida, con regiones muy diversas para conocer y descubrir una y otra vez. Por desgracia, no hay estadísticas sobre la tendencia de la población a trasladarse de una zona a otra. Este es un fenómeno que simplemente se desconoce en España.

Una noche en un bar empecé a hablar con un sevillano sobre la el tema de los antepasados. Yo reivindiqué que tenía sangre irlandesa, italiana, portuguesa y escocesa, un 25% de cada una. Le expliqué que iba a visitar a mi familia en Italia y que en EEUU tenía parientes en más de cinco estados. “¿De dónde es tu familia?”, le pregunté. Él, con orgullo, me dijo que todos eran de Sevilla. Bueno, excepto su tía que se fue a vivir a otro sitio. ¡Guau! ¿Qué parte de España verá cuando va a visitarla? ¿Vive cerca del mar, en Barcelona? ¿En el bullicio de la capital, Madrid? ¿O quizás en Galicia, en un rincón escondido al norte de Portugal? ¿Dónde experimentará ella una cultura y un estilo de vida diferentes a los de Andalucía?

En verdad, su tía no ha dejado Andalucía en absoluto: se había trasladado a Granada, otra provincia de la comunidad autónoma a tres horas de aquí. Éste es un ejemplo clásico

de la diferencia entre la cultura americana y la española: la capacidad para hacer la maleta y marcharse muy muy lejos. La tendencia a mudarse una, dos o incluso varias veces en la vida puede responder a motivos varios: económicos, como el trabajo o los estudios; sociales, como la familia o los amigos, o simplemente por gustos personales, como el paisaje o el clima. Esta movilidad es algo extraño y desconocido en la vida española, y en particular en Andalucía. En Sevilla incluso hay un dicho: “quien nace en Sevilla, en Sevilla ha de morir”, que recoge la esencia de los vínculos que tienen los sevillanos con su tierra e historia.

La diferencia abismal en este aspecto de la cultura es a menudo difícil de explicar. Por un lado, los viajeros americanos se preguntan cómo no se puede sentir ese deseo de viajar y ver el propio país desde una perspectiva personal. ¿Cómo puede alguien no querer visitar otro país para conocer la cultura y el estilo de vida en primera persona? Por otro lado, los españoles piensan en voz alta cómo es que pueden permitirse los americanos tirar continuamente el dinero en viajes de una semana. ¿Cómo pueden los americanos sencillamente trasladar sus pertenencias, la familia y su propia vida por el hecho de una oportunidad de trabajo o una mejor vista desde la ventana de la cocina? Para cada parte resulta difícil explicar su postura, pero quizás podemos intentar aclararlo un poco más.

El 58% de la población estadounidense que se mudó en 2003 tenía unos veinte años, lo que indica que los que empiezan a independizarse buscan un nuevo comienzo en un nuevo entorno: se alquilan un piso en la misma zona o se compran una casa a cientos de kilómetros. Los jóvenes americanos empiezan así a levantar el vuelo y acomodarse en su propio terreno, creando sus propias vidas. ¿Pero cómo surge todo? ¿De dónde les viene esa idea de dejar el hogar? Quizás empiece en la universidad.

Una media de entre el 15 y el 20% de los estudiantes que van a la universidad lo hacen en otro estado. La universidad con el porcentaje más alto de alumnos de fuera durante el curso 2006-07 fue la de Vermont, Burlington, con la friolera del 72,7% de estudiantes de primer curso que dejaron su hogar por los verdes prados de Vermont. Es fácil ver que la tendencia a explorar se va gestando en los universitarios americanos, si consideramos que más de diez universidades tenían en 2007 un 75% de sus

alumnos, tanto del mismo estado como de fuera, estudiando en el extranjero. Con esta mentalidad de marcharse de casa a los dieciocho años para empezar la carrera y luego seguir los estudios en otro país, no es de extrañar que cuando se gradúen muchos decidan continuar este estilo de vida: hacer las maletas e irse a otro sitio para siempre. De aquí es lógico inferir que estos antiguos estudiantes, que una vez dejaron su casa por la universidad, estén más dispuestos a seguir viajando: visitar a la familia que hace mucho que no ven, o ir con ella de vacaciones a algún lugar divertido y nuevo, ¿España, quizás?

Por el contrario, la mayoría de los estudiantes de la Universidad de Sevilla se precian de haber nacido y crecido en esta ciudad. Si fuese a su casa y les preguntase dónde viven sus tíos o sus primos, me llevarían a la ventana y me señalarían el piso del vecino de enfrente y el que está al cruzar la calle. Otros estudiantes son de pueblos a las afueras de Sevilla y van y vienen cada día, pero una vez que terminan la carrera regresan a su pueblo, consiguen un trabajo y se independizan, aunque siguen viviendo cerca de su familia. Por supuesto, los estudiantes de aquí también van al extranjero, pero casi nunca fuera de Europa. Para aprender inglés, la mayoría va a Inglaterra. Cuando alguien les pregunta por la posibilidad de ir a EEUU, su respuesta suele venir acompañada de una mirada perpleja e incrédula: ¿Para qué? ¡Inglaterra está aquí mismo!

Otro efecto colateral de irse a vivir a otro sitio es la presencia generalizada del correo electrónico en EEUU. A través de los e-mails, una familia como la mía, que se extiende desde Nueva Inglaterra a Florida y desde Arizona a Montana, se mantiene en contacto. En Andalucía, en cambio, Internet no es el método más rápido para saber de un familiar o un amigo, y a menudo tampoco el más eficaz, cuando simplemente puedes llamarles y quedar con ellos más tarde.

En conclusión, vemos una diferencia bien clara por la forma en la que los americanos se cambian de hogar con tanta facilidad: en un abrir y cerrar de ojos están preparados para trasladarse a una nuevo lugar por razones de mayor o menor peso. En cambio, en España el hogar es fijo: donde está la familia y el pasado, el presente y el futuro. En Sevilla, “el que aquí nace, aquí muere”; en EEUU, “el hogar está allí donde te lleve el corazón”. ■

Fuentes:

Estadísticas sobre estudios en el extranjero: http://colleges.usnews.rankingsandreviews.com/usnews/edu/college/rankings/brief/webex/abroad_brief.php

Estadísticas sobre estudios fuera del estado natal: http://www.usatoday.com/news/education/2006-08-30-state-universities-cover_x.htm

Estadísticas sobre población estadounidense: <http://www.census.gov/prod/2004pubs/p20-549.pdf>

Estadísticas sobre España: <http://www.un.org/esa/population/publications/countryprofile/spain.pdf>

Una casa tapizada de recuerdos



texto de Nisse Lovendhal / traducción de Christian de los Ríos

Una joven de 20 años y su anfitriona de 74 hablan de los olores, imágenes y emociones que evocan los lugares habitados.

Nisse, 20 años, estudiante

Cuando oigo la palabra casa, me vienen a la memoria un sinfín de cosas: lo increíblemente bien que cocina mi madre; mis hermanos y yo jugando a los videojuegos los fines de semana; los grupos de amigos que se han quedado con nosotros a lo largo de los años. Sin embargo, mi primer recuerdo de casa, y quizás el más vivo, lo evoca una sensación concreta y algo extraña: el olor a nuevo, sobre todo ese olor a plástico de una moqueta nueva. A mí me resultaba tan extraño que me daba un poco de vergüenza contarla.

Tengo muy pocos recuerdos de mi abuelo paterno, pero los pocos que me quedan –unidos a la fama que tenía entre mi padre y sus tres hermanos– no son precisamente agradables. Por eso me resulta raro que él desempeñe un papel tan importante en mi primer recuerdo de casa.

La primera casa de mis padres en el centro de Chicago encajaba en su presupuesto limitado, y de ahí que necesitase algunas reformas, incluida toda la moqueta nueva del primer piso. Tuvimos que esperar hasta que estuviera lista para mudarnos, pero al fin ese día llegó.

Para ayudar con la mudanza, mis abuelos nos acompañaron a mis padres, a mí y a mi mejor amigo de entonces, Christopher. El día lo recuerdo confuso, lo cual es comprensible porque tenía sólo unos 3 años. Sin embargo, me acuerdo muy bien de mi abuelo agarrándome la mano, y yo la de Christopher, y entonces empezamos a correr en pequeños círculos por el amplio salón con moqueta nueva. Mientras corríamos –jugando a algo que no era exactamente el corre que te pillo sino sólo seguir los pasos de mi abuelo– empezamos a notar un fuerte olor a plástico que se extendía por toda la habitación.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvimos corriendo, pero al final nos caímos al suelo, y pude aspirar el olor a nuevo de aquella casa.

Mi abuelo falleció poco después, pero por alguna razón aquel recuerdo y el olor de aquel día se me han quedado grabados, tal vez porque aquella casa se convirtió en mi primer hogar verdadero. Podría traer a la memoria innumerables recuerdos de aquella moqueta, como cuando jugaba a las Barbies con mi mejor amiga que vivía al lado y cuando montaba las vías de madera del tren que le trajeron a mi hermano un año por Navidad. Al final me mudé de aquella casa y de la ciudad; me metí en el coche nuevo de mi padre que aún tenía un olor a limpio y a plástico, y me dirigí a la casa que hoy llamo hogar.

• • •

Angeles, 74 años, ama de casa, madre y abuela

No me gusta pensar en mi anterior hogar. Prefiero pensar en mi vida de ahora, porque la palabra “hogar” siempre ha significado para mí una buena familia y felicidad y no las he tenido hasta hace poco.

Cuando tenía 7 años, mi padre perdió las dos piernas en la guerra, dejando a mi madre al cargo de seis niños. Fue una época dura para mucha gente en España; muchos pasaron hambre y la vida fue muy difícil. La mayoría de las

personas buscan su niñez cuando piensan en el hogar; a mí no me gusta recordar la mía.

Más tarde me puse a trabajar en una oficina y me gané la vida hasta que me casé. Tengo recuerdos muy felices de mi boda, pero las cosas también fueron mal luego. Mi marido tuvo un accidente de coche años después de casados y se vio obligado a permanecer en cama el resto de su vida. Me ocupé de mis dos hijos, como hiciera mi madre.

Por estas razones, no me detengo en los recuerdos del pasado. Ahora mis hijos están casados y son felices, y llevo una vida cómoda. Mis dos nietos me hacen muy feliz y han creado nuevos recuerdos para tapar los antiguos. Es muy duro pensar en mis hogares anteriores porque ahora tengo lo que siempre he considerado ideal; ahora tengo felicidad, armonía y una familia. ■

Quedarse o mudarse

(ensayo)

texto de Carolyn Prill / traducción de Daniel Morillo

Unos están muertos de miedo. Otros piden desesperadamente que llegue el momento. Algunos tratan de ignorarlo. Pero hagas lo que hagas, te va a tocar. Al margen de tu cultura y creencias religiosas, es una de esas cosas que, te guste o no, llega. Tu actitud ante la disyuntiva de cambiar de residencia o seguir atado a las raíces define bien quién eres.

CAMBIO

Todos nos sentimos perseguidos por una apremiante tensión cuando hay que decidir un cambio en nuestra vida. En especial, si se trata de viajar al extranjero y hay que optar entre quedarse en casa o emprender una mudanza que es al mismo tiempo geográfica y emocional. ¿Queremos seguir en nuestra ciudad, vivir cerca de nuestra familia, mantener nuestro grupo de amigos y tener un lugar fijo al que considerar nuestro hogar? ¿O queremos movernos, conocer otras personas y lugares y que nuestro hogar sea al final el mundo entero porque nos sintamos en casa en todas partes?

Aunque es raro encontrar a personas que viven sólo en uno de los extremos, y sean de los que no salen nunca del barrio o se pasan la vida de país en país, el caso es que esa gente existe. La mayoría de las personas sin techo que viven en la calle por necesidad no tienen un lugar fijo que puedan llamar casa. Otros, en cambio, deciden voluntariamente vivir en un constante vagabundeo. Son adictos a viajar y nunca permanecen quietos. Es una expedición continua: se mudan, absorben lo que ofrece el nuevo lugar, establecen vínculos profundos con los que antes eran completos desconocidos y se sienten a gusto, hasta que al poco tiempo se cansan otra vez porque todo les parece de nuevo predecible, así que... se mudan de nuevo y todo el proceso comienza otra vez.

El otro día, mis amigos y yo conocimos a una pareja así en un bar de Sevilla. A los 16 años, decidieron subirse a una moto y dejar su país. Vivieron en Hungría y Chipre durante quince años, ahora estaban en España y su próximo destino era Marruecos. Luego, por contraste, me acordé de mi amiga Emily de Texas, que está tan satisfecha con la identidad de su cultura sureña que no siente el más mínimo deseo de viajar a otros estados, y mucho menos a otros países. Para ella no hay nada atractivo en experimentar culturas ajenas. No obstante, quienes eligen quedarse fijos en un lugar buscan otras maneras de satisfacer el deseo de vivir cosas nuevas y, frente a la rutina, tratan de renovar la visión de su entorno cotidiano.

Hay un conflicto entre el impulso innato de crecer y estar en movimiento, y la necesidad de tener cosas y lugares donde refugiarnos y

sentirnos cómodos. Esto no significa que estos deseos no puedan coexistir, pues lo que a veces queda por completo fuera de nuestro concepto de comodidad, de alguna forma puede hacernos sentir muy cómodos al mismo tiempo. En esto reside la profunda belleza de viajar: experimentar en el mismo instante esas dos emociones aparentemente opuestas, que hacen que un lugar y un grupo de personas nuevos sean como nuestro hogar. En Sevilla, debido a que el concepto de "hogar" es muy diferente,

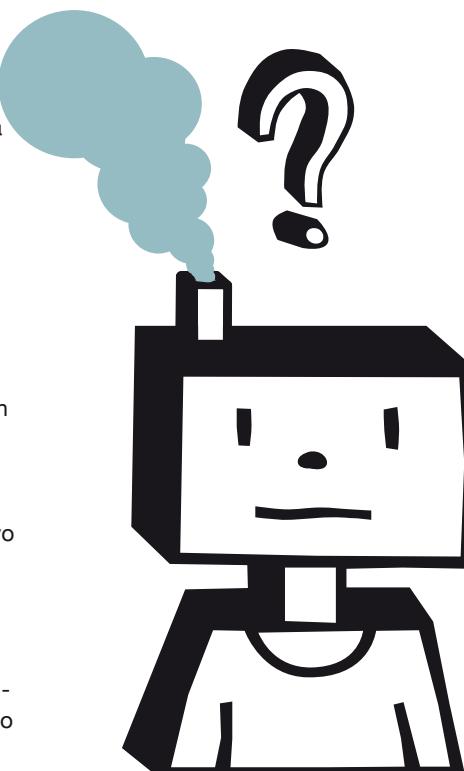
gusto. La interconexión de la humanidad se manifiesta al viajar, al desprendernos conscientemente de lo que nos hace sentirnos cómodos para descubrir un nuevo concepto de comodidad a nivel personal.

Desde que llegué a Sevilla añoro cosas de mi hogar con las que me siento cómoda, como llevar sudaderas en público, no tener que calcular todo en el sistema métrico decimal, tener mi propia casa y mi propio coche, llevar chanclas y no tacones altos y hablar inglés. Pero echar de menos esas cosas, algunas triviales y otras muy importantes, no se puede comparar con el nuevo tipo de comodidad que he conocido desde que llegué aquí. El acto de decidir conscientemente (o a veces a la fuerza) dejar nuestra zona de comodidad, alejarnos de lo que es predecible y de lo que consideramos constante, es algo riguroso, estimulante e intenso que forma parte imprescindible del aprendizaje.

Por supuesto que hay limitaciones. Algunos tienen muchas ganas de viajar pero no cuentan con el dinero o el tiempo para hacerlo. Otros se crían en una cultura que realmente no les permite emprender viajes largos; saben que al final regresarán a casa, con su familia y su sociedad. Por otra parte, están los que se ven obligados por las circunstancias de la vida a dejar sus raíces y establecerse en otro lugar, como le ocurre a un padre al que le ofrecen un nuevo empleo en otro estado o país, mucho mejor pagado e imposible de rechazar, o a ese joven universitario al que envían a luchar en el extranjero en las filas de un Ejército con el que ni siquiera está de acuerdo.

En EEUU la gente suele buscar primero un trabajo y luego se va a vivir sola o con su familia, según donde esté el empleo. Sin embargo, en España suele suceder lo contrario. "Si naces en Sevilla, mueres en Sevilla", dicen por aquí. Los sevillanos primero buscan un lugar para vivir, preferiblemente muy cerca de su familia (o con su familia), y luego buscan el trabajo, lo bastante cerca como para no tener que mudarse.

Ahora mismo lo que deseo es viajar. Quién sabe si este deseo desaparecerá o si me llevará a algún sitio nuevo. Puede que algunos valoren más viajar todo el tiempo que quedarse en el mismo sitio, mientras que otros prefieren



a veces me he sentido incómoda, pero también muy cómoda a la vez, por paradójico que parezca. También me he sentido desorientada, fatigada, abrumada y aislada, mientras que en otras ocasiones he vivido una auténtica alegría que no se puede comparar con ningún otro sentimiento experimentado en el pasado.

Aunque cada persona es un mundo, lo más importante es que en el fondo somos iguales. Lo más gratificante de viajar es aprender que puedes trasladarte a cualquier parte de la Tierra y encontrarte con esas similitudes, y estar a

quedarse en su pequeña ciudad con toda su familia durante toda la vida. Ninguna opción es mejor o peor, siempre que quedarse en un lugar no conduzca a la ignorancia y a mostrarse incomprensivo con el prójimo, o que estar siempre de un lado para otro no haga que uno sea incapaz de asentarse. Pero todo es cuestión de aprender a estar contento con el hogar que tienes. Cuando hay que dejar las comodidades para vivir lo nuevo y nos sentimos solos, lo que

cuenta es seguir adelante y superar etapas. Tu hogar podría ser un lugar fijo, con tus amigos más apreciados, en una comunidad, en tu ciudad. O tu hogar podría estar constituido por los amigos que has hecho por todo el mundo, y que te hacen sentir a gusto con cualquiera y en cualquier lugar.

La parte más difícil, que casi parece una paradoja, es buscar todo el tiempo el tener una constante en nuestras vidas que sea movernos

siempre hacia delante y crecer. A veces, eso puede significar que nos quedemos exactamente donde estamos. Otras, en cambio, que tengamos que dejar todo lo que conocemos para viajar a algún lugar desconocido. ■



(personal)

17:08. 4 de octubre de 2007. En algún lugar entre Sevilla y París

texto de Abigail Reid / traducción de Alvaro Peinado

Desde las alturas de un avión, colgada en ese espacio que no pertenece a ningún país, la autora reflexiona sobre la añoranza que siente de su familia en Nueva York y descubre que el afecto de las personas queridas es en realidad el único cimiento imprescindible para sentirse en casa, no importa dónde.

Las nubes inundan el cielo de la tarde y el paisaje aparece de vez en cuando entre pinzeladas de blanco. He mirado la hora en varias ocasiones y me parece que los minutos pasan cada vez más despacio. Intento mantener la paciencia durante la espera. Pero estoy nerviosa. Me pregunto cómo será cuando las vea y qué sentiré. La emoción hiere en los lugares de ser donde hay un vacío. He estado sin mi yo al completo desde el primer día que me fui de los Estados Unidos y lo llevo añorando desde entonces. Por supuesto que echo de menos pequeñas cosas como el olor de las tiendas de dulces del barrio italiano, la gran comodidad de mi cama, la locura de las calles del Bronx, el aire de las frías y despejadas mañanas de otoño y una colección de otros detalles, pero éstas no son las cosas que me hacen sentir llena. Estoy en búsqueda constante de las piezas perdidas.

Se oye por megafonía la voz del piloto en español, describiendo el tiempo que hace en París y diciendo a qué hora llegaremos. Estoy más ansiosa que otras veces y no puedo obligar a mi cuerpo a que se quede sentado. El

último mes y medio se me viene a la cabeza de repente en forma de imágenes desorganizadas. Intento pensar en la última vez que sentí como si mente y alma estuvieran unidas, y entonces mi mente compone una imagen del momento en el que dije adiós a mis padres y adiós a Nueva York, justo antes de coger el avión. El cielo estaba gris aquel día, como si se sintiera igual que yo. La verdad es que no me sentía infeliz por empezar un viaje increíble, pero tampoco estaba del todo cómoda con la idea. Incluso todas las cosas que había metido en las enormes maletas no eran suficientes para que me sintiera de la misma forma que cuando estoy en casa.

El piloto vuelve a decir lo mismo, sólo que esta vez en francés. En ese momento, me doy cuenta de que voy de camino a una ciudad en la que nunca he estado antes y a un lugar donde ni siquiera entiendo el idioma. A pesar de estas circunstancias, lo que sí sé es que un trozo de mi hogar está esperándome en París. Intento contener la sonrisa que trata de aparecer en mi cara, pero se me escapa y sonrío de felicidad. En treinta minutos estaré en casa, y por fin me

quedaré tranquila porque voy a estar con dos de mis amigas más queridas, que como yo están estudiando en Europa durante un semestre. Comienzo entonces a entender, incluso mejor que antes, que el hogar no es un lugar palpable sino un sitio donde el alma habita y se expande infinitamente.

La familia y los verdaderos amigos son del todo irremplazables, y no hay nada que pueda sustituirlos ni siquiera un momento. Las personas más importantes de mi vida son las que pueden solucionar los problemas, aunque no estén cerca físicamente. Éstas son las mismas personas que alivian el dolor y las mismas que se quedarían una noche entera sin dormir para ayudarme a superar cualquier obstáculo de mi vida, ya sea grande o pequeño. Estas personas son mi hogar, y tanto si estamos en el lugar donde nos conocimos como en una tierra extranjera, el sitio es irrelevante. Lo único que importa es comprender la noción de tener un lugar al que llamar hogar, y mi hogar está con ellas. ■



De arriba a abajo / top to bottom: Nicole Rodriguez, Jesse Chun, Iride Meder, Carmen Rivera.

Niños de la Tercera Cultura (personal)

texto de Nicole Rodriguez / traducción de Desireé Quirós

Una niña bilingüe hija de americana y español, una fotógrafa coreana educada en Hong Kong y residente en NYC, la hija estadounidense de dos emigrantes peruanos y una neoyorkina con raíces argentinas cuentan cómo se han adaptado a vivir en diferentes sociedades.

La primera vez que llegué a Sevilla no pasé lo que los extranjeros llaman “el shock cultural”. Estaba acostumbrada a oír y hablar el idioma, la comida me era familiar y deliciosa, y la música me recordaba la guitarra española que escuchaba siempre en el equipo estéreo de las fiestas familiares mientras me hacía mayor. Soy americana pero me siento cómoda en Sevilla. Aunque tengo familia en Nueva York, la mayoría de mis parientes vive en Argentina. Cuando tenían unos veinticinco años, mis padres partieron de su ciudad natal de Tucumán, en Argentina, para empezar una nueva vida en Estados Unidos. Yo nací en Nueva York mientras mis padres todavía estaban adaptándose al nuevo entorno. Yo estoy dentro de la minoría en mi familia: una de sólo cuatro americanos. Somos la primera generación nacida en Estados Unidos, y se nos podría definir como niños de la tercera cultura.

El concepto de “niño de la tercera cultura” alude a alguien que de pequeño pasa un periodo de tiempo significativo en una o más culturas aparte de la suya, y por lo tanto integra elementos de todas ellas en una nueva. El niño de la tercera cultura relaciona el hogar con personas y experiencias, en vez de con un lugar u origen específico.

A través de varias entrevistas, intentamos explicar aquí qué visión tienen del hogar las personas que han crecido en diferentes culturas.

Carmen Rivera Frain es una niña de diez años extremadamente brillante. Su madre es estadounidense y su padre español. Nació en Sevilla, pero el primer idioma que aprendió fue el ruso, gracias a los dos años que pasó en Rusia. Ahora pasa casi todos los veranos en el estado norteamericano de Maine. Carmen es bilingüe: habla inglés en casa y español en la escuela con sus amigos. Cuenta que se siente cómoda con ambas lenguas y culturas. Carmen se queja de la programación televisiva de España porque las series americanas son más entretenidas cuando se ven con las voces reales en inglés. Pero tiene una ventaja con respecto a sus amigos: puede cambiar de idioma con el mando y entender el diálogo de los personajes en ambas lenguas. Carmen también asiste a un campamento de verano en Estados Unidos y mantiene las relaciones con los amigos que ha hecho allí. Aunque se siente como en casa en Sevilla, dice que si viviera en América se sentiría

igual de cómoda. Para Carmen, el hogar es la suma de la familia y los amigos que la rodean. Siempre y cuando estén con ella, no importa si vive en España o Estados Unidos.

Jesse Chun es una persona excepcional. Esta fotógrafa de 23 años nació en Corea y creció en Hong Kong. A los 18 años se mudó a Nueva York para estudiar en la Escuela de Diseño Parsons, con la idea de poder dedicarse profesionalmente a la fotografía. Aunque es coreana, no considera que Corea sea su hogar. Cuando está en un país, piensa en otro. Si se encuentra en Nueva York, echa de menos Hong Kong, y viceversa. Para Jesse, son los trozos de diferentes lugares y culturas los que construyen su identidad personal.

Estudió en un instituto internacional en Hong Kong que la empujó a experimentar otras culturas y le enseñó a no ser una persona de mentalidad cerrada. Para graduarse, era obligatorio que cada año durante una semana los estudiantes fueran a un país diferente y se adaptaran de verdad a su cultura. Por ejemplo, cuando estuvo en la India vivió en un lugar donde venía gente de todo el mundo a aprender yoga. Cada día se levantaba a las 7 de la mañana, hacía yoga y meditaba. Sólo le daban de comer dos veces al día y tenía que llevarse la comida a la boca con las manos, como manda la costumbre hindú. Así aprendió que cada país tiene sus propias costumbres, y ahora, cada vez que viaja a uno nuevo, siente que puede adaptarse fácilmente, porque su instituto le enseñó a aceptar las diferencias culturales. Allí les decían que aunque no fueran capaces de identificarse claramente con un sitio, eran ciudadanos del mundo que siempre estarían viajando. Y así ha sido. La mayoría de sus amigos han continuado desplazándose a diferentes países después del instituto, y Jesse tiene intención de mudarse a Europa después de establecerse profesionalmente en Nueva York. Ella no se siente comprometida con un solo territorio y quiere convertir cada lugar en el que viva en su hogar, que define como ese sitio, más espiritual y emocional que físico, “donde eres capaz de encontrar tu esencia... Un lugar que te transforma en quien eres”.

Iride Meder es una chica de 20 años inteligente y ambiciosa. Estudia medicina en la Universidad de Binghamton, en Nueva York.

Nació y se crió en esa ciudad. Sus padres son peruanos, ella de Lima y él de Arequipa. Una de las grandes diferencias culturales entre Estados Unidos y Perú (a donde va una o dos veces al año desde que nació) es la comida. Dice que la peruana sabe mejor y que ese sabor le hace sentir nostalgia.

Iride suele establecer sus relaciones con los que también son multiculturales y comparten con ella una mentalidad abierta. En realidad, todas las personas con las que convive en la universidad tienen padres que inmigraron a Estados Unidos. Ella siente que puede relacionarse fácilmente con ellos porque comparten la misma mentalidad de estar abiertos a otras culturas. Cuando está en Perú, dice que no se siente en casa ni que pertenezca a ese país, donde puede convertirse fácilmente en una extraña e incluso sentirse sola, pese al consuelo de tener a su familia alrededor. En cambio, dice que jamás se siente sola en su casa de Nueva York. Pero, a fin de cuentas, lo que le importa más no es el lugar sino la compañía. “El hogar son mis padres y mi hermano, mi familia inmediata, porque ellos son con los que me siento segura y cómoda. Los quiero y ellos nunca dejarán de quererme. Puedo contar con mis padres para todo y ellos no me piden nada a cambio. El hogar es donde me siento feliz, cuidada y amada”.

En cuanto a mí, me siento muy agradecida a mis padres por enseñarme su lengua y descubrirme sus costumbres. Estoy deseando volver a Argentina y conectar de nuevo con la cultura que ellos me inculcaron de pequeña. Aunque sí que experimento un innegable sentimiento de hogar en la cultura argentina, me siento más cómoda con la americana en la que crecí, especialmente en Nueva York, que es tan diversa. Mi hogar no es un sitio ni de acá ni de allá, sino una acumulación de personas y experiencias que se convierten en parte de mí. Como ese trozo de Sevilla que llevaré a partir de ahora dondequiero que vaya. ■

Un refugio para los pequeños parias de la India

[texto de Sean Griffin / traducción de Cristina González](#)

La organización Hoina ha rescatado de la calle a doscientos niños que estaban condenados a una vida miserable y que hoy, tras su paso por el orfanato, han llegado a ser comerciantes o profesores.



Mí primer viaje a Chennai, la primera experiencia mía en la India, fue un ataque a los sentidos. A las cuatro y media de la mañana, después de más de veinte horas de viaje, tendría que haber estado demasiado cansado para mantener los ojos abiertos, pero había mucho que ver.

El sol comienza a añadir un poco de luz al horizonte. La mayoría de las construcciones que tienen el derecho a llamarse edificios parece que han sufrido varios bombardeos. Las demás construcciones están hechas de palos de madera, lona, paja y neumáticos. A los perros, cabras, vacas y bueyes se les permite vagar libremente. La gente y las calles comienzan a despertar; motos y bicicletas dan paso a furgonetas, autobuses y camiones. Parece que no hay normas de circulación y que el método de comunicación preferido es la bocina. Los asientos no son cómodos y la carretera tampooco es llana. Lo único que puede competir con la aparente pobreza abrumadora es el olor de la basura apilada a un lado de la carretera.

En medio del tráfico y el bullicio, es difícil pasar por alto a un hombre arrastrándose lentamente con los brazos por la calle. Podría haber sido Jesu Ratman, un chico del orfanato de Hoina (*Homes of the Indian Nations*, Hogares de las Naciones de la India), si no hubiera logrado cambiar su destino, que era estar en la calle

mendigando en silla de ruedas, y abrir su propio negocio.

El negocio de Jesu Ratman y Rama Rao se llama Heaven Sent Tile Company (Compañía de las Tejas Caídas del Cielo). Empezaron su andadura con la ayuda de Hoina. Las paredes del hogar masculino están decoradas con azulejos, muchos de los cuales los diseñaron estos dos chicos. Hoina también les proporcionó el dinero y la oportunidad de abrir su propia cuenta bancaria, así como los contactos para conseguir su primer trabajo en Visakapatnam.

Jesu Ratman y Rama Rao son sólo dos de tantas historias de éxito de Hoina. Durante treinta años, esta organización ha ofrecido un hogar y un futuro a niños que no tenían ninguno de los dos, niños que han llegado a ser ingenieros, empresarios, artistas, programadores, soldados, banqueros o profesores. Ramudu, por ejemplo, es un graduado reciente del hogar, que acaba de terminar magisterio y ahora trabaja como profesor. En las vacaciones escolares vuelve como voluntario y tutor al hogar de los chicos. Otro es Hanumantha Rao, a quien trajeron a Hoina después de que su madre muriera de ictericia cuando tenía sólo tres meses. Ahora ya ha terminado la carrera y está haciendo un MBA para dirigir empresas.

Aparte de estos casos, hay más de doscientas historias de éxito en proceso. Gandhi vino a Hoina hace siete años; ahora es el primero de su clase y espera convertirse en comandante del ejército de tierra. Kamatchi y Recca están en camino de ser enfermeras. Uno de los más jóvenes es Prasad. Su madre murió cuando tenía seis meses, su padre es drogadicto y su abuela, que fue quien lo trajo al orfanato, está demasiado enferma para cuidar de él.

Es sorprendente lo que Hoina es capaz de hacer por los niños que cuida. Darlene Large, su fundadora y presidenta, recoge a niños de los andenes del tren, las calles de la ciudad, leproserías y pueblos rurales, niños que no tienen padres o que no pueden ser cuidados por ellos. En Hoina les proporciona comida, ropa y techo, pero también algo más: una familia, un lugar, una educación y un futuro. En sus orfanatos de la India trabajan como voluntarios cada verano estudiantes de la Universidad Estatal de Pennsylvania, que enseñan inglés al personal y a los estudiantes y, sobre todo, ofrecen su atención a los niños. Sin embargo, a pesar de sus

grandes esfuerzos, son los visitantes los que reciben el mayor provecho de esta experiencia: conocen otra cultura, se conocen mejor a sí mismos y encuentran en el trabajo de los niños y sus cuidadores la prueba de que se puede cambiar el destino.

En una carta, Large escribió:

"Hoina significa vida para muchos de los niños. Si no hubieran sido rescatados, hoy estarían muertos. Ahora aportan a la sociedad, a Hoina, a sus comunidades y a sus familias. De cabañas de barro y coco, a trabajos y vidas de clase media". Un ejemplo de servicio a la humanidad que debería ser seguido por todos. ■

“Darlene Large se ha dedicado a esta organización y esta causa desde hace 36 años, cuando estaba luchando contra una esclerosis múltiple y sus planes de futuro eran la ceguera y la parálisis antes de los 50. Nadie podría haber imaginado entonces que llegado este momento pasaría la mitad de cada año en la India llevando un orfanato.

Ella cuenta que fue después de una revelación y una milagrosa recuperación cuando descubrió su vocación en la vida. En 1971 se dio cuenta de que se sentía llamada a fundar un hogar para los niños de la India. Cuatro años más tarde hizo su primer viaje a este país. En 1978, el orfanato comenzaba con siete chicos en una casa alquilada por quince dólares al mes.

Large y su fundación se ocupan ahora de más de doscientos niños en dos casas incomparables. Desde su inicio, Hoina también ha ayudado a la rehabilitación de un grupo de leprosos que hoy son independientes. Además de los dos hogares, esta ONG gestiona una clínica gratuita, una unidad médica móvil y un satisfactorio programa para dar de comer a viudas mayores.

Darlene Large se graduó en Arte por la Universidad Estatal de Pennsylvania en 1959. En 1962 fue galardonada con el Distinguished Alumni Award que concede dicha universidad. También ha sido premiada, en 1992, con el Paul Harris Fellow que concede la organización Rotary International, por su trabajo en HOINA."

(texts in english)



HOME... HOGAR by Megan Mundt and Bryan Morris SURVEY

In the United States, children leave home at the average age of 22 and in Spain at the age of 30; an estimated 30% of U.S. citizens rent their homes as opposed to only 11 % of Spaniards, lovers of owning their own property. But beyond the statistics about cultural differences related to housing on either side of the Atlantic, Jason and Doreen in Minnesota, and Sonia and Antonio in Seville, share a fundamental idea: a home is created by the family or individual that lives in it, not the walls that surround it.

The word, so relevant in our culture, carries emotional connotations difficult to articulate in a single sentence. It can mean a building or a place from childhood; it could be an abstract idea or a concrete definition. But does the word translate perfectly in both languages? We asked men and women from Spain and the United States what the word "home" or "hogar" meant to them and we found that for the majority, the word evokes a poignant significance.

It is a place to relax, a place to feel safe. For many, a home is full of memories. Some believe that a home is only a house, a physical structure in which to live. In this strictly material sense, there are large differences in the forms and types of accommodation in Spain and the United States. For example, 33% of Americans rent their home compared to just 11% of Spaniards

(the lowest percentage in the European Union), a difference which may be the result (among other causes) of the autonomous culture of the United States or the socio-cultural importance of home ownership in Spain.

The types of homes differ slightly as well. The average American home (2.5 inhabitants) has at least three bedrooms, with one or less persons per room. The average Spanish home (3.3 inhabitants), on the other hand, has three or more bedrooms which are a bit smaller than those of the U.S. and have one or more persons per room.

The majority of respondents told us that home intrinsically means family rather than accommodation. For many, home represents the place where their family resides or comes together. However, the composition of the types of families in either country is substantially different. In Spain, 48.6% of families are couples with children, the highest percentage in the European Union, with Ireland in second place at 47.2%. Interestingly, American households do not have any one type of family that makes up the obvious majority. At 28%, the most common household consists of married couples without children. Following close behind are nuclear families (a married couple with 2 or 3 children) at 24%; people who live alone make up 25.5% of all households. In Spain, just 7.1% of the population lives alone, the majority of which are over 65 years old.

Some of the people we asked said that home signified their parents' home or the place where they grew up. But this can also cause confusion if one does not know the difference between American and Spanish definitions of *parents' home*. North American young adults tend to leave home early, with the average age being 22. However, in Spain, children tend to live with their parents until they are married, usually waiting until the age of 28 in the case of women, or 30 in the case of men to move out of their parents' home. 59% of Spaniards between the ages of 25 and 29 live with their parents, which represents the highest percentage in the EU, closely followed by Italy.

The following are the respondents' definitions and thoughts on the concept of "home" or "hogar." They describe what the word means to them and what misconceptions others may have. If the previous statistics show our cultural differ-

ences, these responses illustrate what similarities we share.

Sources:

- U.S. Census Bureau
- Spanish National Institute of Statistics
- European Quality of Life Survey
- U.S. Department of Commerce

What is home for you?

Jason Smith, 20, Minnesota. Lives in a single family home with his parents and younger brother and in a college dorm with a roommate. "A sense of familiarity and thus reassurance; any location where the places and people are visibly recognizable. There can be more than one home for a person, but it seems as though each different home will always have a new feeling."

Joyce Broady, 54, Minnesota. Lives in a single family home with her husband and granddaughter.

"Home is a place full of life, warmth and chatter. Memories, lots of memories."

Gail Glashan, 60, Minnesota. Lives in a single family home with her husband.

"Home is a feeling of being centered. A base from which I can venture out...I like to think of home as the place where one grows and flourishes. The feeling of home is only slightly different in different places...rather like the feeling of love: one word, many meanings."

Mikka McCracken, 20, Minnesota. Lives in a single family home with her parents and two younger siblings and alone in a college dorm.

"Home is where my family lives...I also identify home with relaxation, because I get to go home on breaks."

Bri Otis, 20, Minnesota. Lives in an apartment with three roommates.

"A person can have many homes, it is wherever they feel loved. My home is anywhere I am free to be myself without worrying what others think. The beauty of home is being able to walk around in my underwear if I want."

Doreen Kelly, 48, Minnesota. Lives in a single family home with her husband and son.

"The people that I love or care about the most (and our dogs of course). Home is where you desire to be when life gets hard or you feel

lonely. Home is where my friends and family love to gather."

Chris Mundt, 45, Minnesota. Lives in a single family home with his wife and children.

"Home is where you keep your stuff and go because you feel like you belong there. Home is an acquired feeling; it doesn't come simply by moving to a new place."

Paul Mundt, 77, South Dakota. Lives alone in a single family home.

"Where a person can escape to their designated space. 'Home' is a comfort zone to as great or as slight a degree as the occupant of the home creates. It can be anywhere from a tent to a castle. It could almost be a self-imposed cocoon invisible to everyone except the person encapsulated."

Barb Anderson, 55, Minnesota. Lives in a single family home with her husband.

"A place where I have control, somewhere I am productive. Home has a welcoming atmosphere where others can share what we have and add something. Anywhere may be home depending on the person. A person could even be your home."

Maria Angeles Conde Parilla, 40, Seville. Lives in a large apartment.

"Feeling at home is like feeling inside of oneself; it is like a refuge or port without the tension of the outside world. Home is like a second skin."

Eulalia Muñoz Gómez, 20, Seville. Lives in a single family home with her parents and younger sister.

"A familiar environment, my friends and my dog. You can feel at home without having a physical house. You need family, friends, and a dog. When I was younger, home was wherever my parents were, but now it is something more complex and abstract."

Carmen Sara Blanco, 35, Seville. Lives in an apartment with her husband and children.

"Having everything you need within arm's reach."

Sonia Molero, 32, Seville. Lives in an apartment with her parents.

"Being with my family, feeling loved and protected. Communication is necessary."

Carmen Acosta, 60, Seville. Lives in an apartment with her husband and daughter.

"When I think of home I find myself in peace."

Antonio Molero, 60, Seville. Lives in an apartment with his wife and daughter.

"A family makes a home. We can be anywhere, but the whole family goes together."

Enrique Belinchón, 20, Cadiz. Lives in an apartment with three roommates.

"Somewhere you feel comfortable with the people and the place; an environment that I like."

Marga Rodríguez, 18, Seville. Lives in a single family home with her parents.

"Feeling completely comfortable with your environment and the people surrounding you. Feeling like you can be yourself without any worry. The phrase gives me a sense of well-being. It is something mental, not material."



“Get up. Come on. Get up!”

by Jarret Bates y Chelsea Lavin
FICTION

“Lord, this street is always so crowded. We need a gimmick. And I refuse to learn to play the damned accordion or sell cheap Chinese-made mechanical dogs. I'm not a clown. Cookie Man used to paint his face all up and everything. Look what happened to Cookie Man. Actually, we just need a good stoop right now.”

“I wonder if I may have picked the wrong travel companion. He hasn't said a word to me, unless the groans he makes while waiting for me to catch up is a suitable form of communication. 'Beggars can't be choosers' Dad always said. Of course, he was usually referring to when I complained about not getting the Christmas gift I asked for. Little did he know the extent to which that bullshit phrase would manifest itself. I should have known better than to take Dad's advice. Could be worse though. I could have ended up like him. I should pick up that coin.”

The criss-crossing of pedestrians in couples, families, or alone, hide the pair for split seconds, freezing their glances like the frames of a camera as they trot down the street, losing each other, finding each other again. Their clothes are stale and their skin is moldy, and it looks like they have both been stained by the same spilled bottle of ink, which makes two pairs of eyes, one pair olive green and the other rusty brown, shine clearly and wetly outward. They are a man and a woman, or a girl and boy, and they continue urgently forward, halting only at intervals to let others pass. Thoughts run through each of their heads, though they don't speak.

“Because, Jesus, please...is she still behind me? Good. Look at this poor character. (Note: try to brush teeth soon – because the few that guy had looked like yellow jelly beans). Had his legs sprawled out so that everyone has to step over them. Why do the guys that old always have leather skin? I'm just tanned – he was crispy. His shirt matched his skin. A hot shower would feel great right now. By the time we get to a place – a “shelter” – I won't even want one anymore. I can still feel her right behind me. Move faster.”

“People look at me like I'm a charity case. Sure I'd like some of your money, but if it comes with a face full of pity, you can take it back. I wonder if he heard that; it sounds like a train is running through my stomach. I really need some food. God, would he just slow down a little?”

“The ones who are trying not to look at you are worse than the ones who will for a second – and it's never any longer than a second.”

They come to a stop instinctively under a store awning, preparing themselves for what the dark clouds overhead may bring. As she digs through her plastic sack for a covering of some kind, he anxiously whistles until he reins in Herman, the light brown mess of scraggly fur who limps up to them out of the crowd. Herman's twisted fourth leg drags along with him as lags behind the pair. His crusty eyes are hardly visible through his matted fur, but he never asks for anything and he always catches up.

“You're a good boy. More like an old man, now, but you keep up with me better than her. You need some water. It should rain soon. I need some water too.”

“There's gotta be something in here that'll work. At least Herman will be okay. As ugly as it may be, that dull coat of fur will actually keep him warm, surely warmer than me. Is it normal to be jealous of a dog? I guess we could go to that shelter type place. They'd give us food there. No. I'm not one of them. I don't need help. The shelter is just full of people who are too lazy to find food. I can fend for myself. Dammit, they're gone again. Where did they go? I can't find them.”

“She wouldn't last an hour alone on the street. She's slow. She complains. She lets people walk all over her. Gish used to beat the hell out of her before he got busted, and she stayed with him as if he was some kind of saint. Saints don't shoot up.”

“This reminds me of when I was eight and got lost in the city. It took 15 minutes for my aunt to find me. Felt like a lifetime. Dad was in the bar waiting. He gave me a big hug and told me to keep up faster next time. Ah, there they are. Should I grab his arm? Where's Herman?”

The two leave the street and come to a stop across the train tracks as rain clouds darken with the coming of night. Again, he is whistling loudly for the dog which should be there by now. There are several sets of tracks next to each other, and he knows he doesn't have time to return to search for him. As she grabs his arm he pulls it away and takes a few steps forward as the tracks begin to clatter in front of them. She reads the desperation in his face and mutters warnings to him like a mother telling a child not to cross the street for a runaway ball. As the thundering tons of metal approach he hesitates one last time, and then he's stunned by a deafening blur that blows newspapers and trash into a whirlwind around him. She grabs him around his waist and pulls him away from the passing train; he stares blankly forward. Several minutes later, as the noise subsides, the train disappears, and so has Herman.

"Oh god, Herman. Where could he have gone? He may have had a bad leg, but the other three always managed to keep him in our shadow. It's really getting late though. We can't keep circling around like this. Jesus, look at him. He looks more lost than Herman is. Should I say something to him? I'm not used to this whole consoling thing. I think I should just get us moving again. It's getting darker by the minute and we need to find somewhere to stay, something to eat. Just keep moving. He'll follow. He'll be okay."

"Dammit, dammit. Where are you, buddy? The last time I saw him was... He was behind us at... He'll find his way back to us. He's been with me for a few years now. He was Cookie Man's dog to begin with and I told him I'd take care of him. Maybe we'll come back and look after dinner. I can't leave him. Maybe she has some change to help buy chips, or a coke, or..."

"There's no way we're going to find food. The shelter is at least an hour away. By the time we get there they'll have already served the last bowl of soup. If we had money to spare, which we don't, no place would let us in looking like we do: wet, dirty, homeless."

"Flashback to Christmas when I was in sixth grade. Mom is sitting on the couch with a cigarette and I'm in my superman pajamas; the room is bright and the television is on and step-dad Gary is making eggs and bacon but nobody is talking. I hated Gary. I hated the things he would do to my mother and those nasty comments he would make to me under his breath and I'm glad I ran away. Only a coward hits a girl. I would have killed him if I had the chance. I would have...but I was afraid. So afraid. Where are we?"

After walking for several minutes, he looks up to find her picking at the top of a bag hanging half way out of a dumpster. There are pieces of fruit in it some of which may not be rotten (she must be thinking), and he stands idly, feeling very small, with his arms tucked tightly and droplets of rain dripping from the tip of his nose. Shuffling his feet impatiently, he then digs into his pocket for the few coins that he has now decided to use in the brightly-lit Hong Kong convenience store across the street. Before crossing the road, he signals to her, and notes a group of men loitering behind her in the alley-way. He sees everyone as a potential threat.

"Looks like he found some money to splurge in the Chino. I'm not getting my hopes up though. He would have bought Herman something before he'd consider me. These don't look all that bad anyway. Sure, they're soft, and there are more bruised patches than there are ripe ones, but they'll fill me up for a while. Plug your nose and chew. It's a little trick I picked up when Dad attempted to cook dinner. Never trust a drunk cook. No matter how much it looked like food, it never really tasted like it. I guess I've built up a tolerance for eating crap. There is a hand on my back. He's already left the store? Oh God, that's not him. What's going on?"

While standing at the cash register with a bag of chips, he glances back across the street

to see her surrounded, barely visible, behind the dumpster.

His mind immediately sharpens as his chips fall from his hands and he already has one foot out of the door.

"Fast. Quiet. Don't let them see you coming."

"I can't concentrate. There are too many of them. Just fight them off. Punch your hands out and hope they hit a target."

He flies toward the unknown threats with his mind racing, though his body seems to move in slow motion. Fighting and pain mean no more to him than any other challenge of the street; he has a lack of fear that has been learned from experience, and necessity. He closes in and sees three men, possibly drunk, surrounding her and playing a cruel game that he is about to end at all costs.

She slaps away hands frantically and bounces off of one and crashes into another while they laugh and say terrible things that remind her of old affairs. She wants to cry out but her throat feels tight and she can't seem to find any air.

"Dammit, where is he? I could barely handle Gish by himself, how am I going to get away from three of him...or are there four? I can't see. I can't breathe. Where is he?"

All of his focus falls on the man he approaches, as he visualizes what he will do – visualizes himself lunging, thrusting his fist into the skull of this man who would dare to re-open all the horrible violent memories of his past: his childhood, his step-father, a thousand bloody noses and black eyes.

"No one can take what is mine."

The blow he brings down on the first attacker is thunderous, sending the man across the sidewalk, horizontal, out on the wet concrete. His momentum carries him along with the unconscious man and he slips, forearms scraping.

"Get up! Quick!"

The other two men have left her and she stands with a blank face. She's eager to help, but too anxious to intervene. She hopelessly waits, praying it will all be over soon.

"Get up. Come on. Get up!"

They are on him, and she sees elbows and feet and hears grunts and sees him twisting to avoid blows underneath the two men. Suddenly there are shouts in the background from what must be the convenience store owner. Then comes the sound of distant sirens. The two attackers leap off him, pick up their third friend and have disappeared into the alley as quickly as they came.

"They're off me. My face and ribs feel numb. I think I can still move. We need to get out of here. God dammit I'm bleeding everywhere."

"Jesus he looks horrible. I don't think he can get up on his own. I've got to get him out of here. If the cops come, we're screwed. If I just lean him on my shoulder I think I'll be able to haul him away. Did he do all of this for me?"

She manages to drag him over to a nearby alley. She sets him against the wall, his limbs too weak to hold his weight. His shirt is torn, more than it was this morning, and his face is barely

recognizable. A stream of blood falls from the left corner of his mouth and she wipes it away with the back of her cold hand.

"I'm alright, I'm alright. She'll take care of me."

They're wrapped up in each other as the rain falls through the yellow light of a lamp overhanging a back doorway somewhere in the city center. No one in the world knows where they are. No one is looking for them. Her arms warm him and the pain from the beating subsides a little as he becomes aware of her more and more. He turns and looks at her and for a blissfully ignorant moment actually has no thoughts running obsessively through his head, and just longs for her to say something, to tell him everything will get better. Or, just to lay here in the comfort of someone who loves him when she doesn't have to. And then he speaks:

"I'm sorry for everything. I'm sorry we have to scrounge around these filthy streets and spend every night in a new shit hole and don't even have enough money to buy two bags of chips.....and, I'm just so sorry..."

"It's okay," she reassures him. "I've never needed much. I know we'll be on our feet someday. We'll find somewhere to go, to live. We can start over. We can be home."

"You're the only home I'll ever need."

She smiles for the first time all day. As they get up and trudge away, she's no longer walking behind him, but next to him. They don't know where to go, they have no where to go, and to them, that is more or less fine.



The other Seville

by Laurel Benz

NEWS REPORT

Awalk through the shantytown, El Vacie, Seville's most impoverished neighborhood, where its inhabitants struggle to make it in inhumane conditions.

Imagine for a moment that all your possessions have been taken. That you have nothing but what you are wearing. Now imagine that your house is gone. Everything you know has vanished; everything that you associate with home is no longer there. What would you do? What would you do if you had never had any of those things, if everything you associated with home never

(texts in english)

existed? In the shantytown of El Vacie, in Seville, echoes of home are still found in the bleakest of places, and children with grim futures recognize the warmth and love that comes out of a place they call home. In the daycare, Mary Angeles, the children experience the feeling of being surrounded by people who love them, care for them, feed them, and play with them. They experience a feeling of security, receive an education, and learn rules and boundaries.

El Vacie is the poorest area of Seville. It is situated between the San Fernando cemetery and the S-30 highway. This “neighborhood” contains upwards of 200 families, totaling more than 800 people. The great majority of the population is made up of Gypsy families, which only adds to the negative feelings the general public has towards the area. The financial and physical situation of the families living in El Vacie is well below the poverty line; most do not even have access to hot water or electricity. In addition, 90% of families contain one or more members in jail, or who are addicted to drugs. Addiction is just one of the many grave problems facing the people here.

During the day, most of the children are gone, bussed to local schools. Attendance is mandatory for all children between the ages of 5 and 16, though many students quit school before that. Their parents may not require them to go; many just do not want to continue, and still others get married before age 16, and as such are forced to find work to support their new family. Many young girls face a different problem, required to leave school at an even younger age to help their mothers at home. As a result, many young parents are illiterate, unable to see the importance of a good education. In the Gypsy culture, it is common to have arranged marriages. Many of these pacts are made when the children are born, as an agreement between fathers, and are seen to fruition when the children are as young as 13 or 14. This is just one example of “la ley gitana”, or Gypsy law.

The residents of El Vacie live by this law, which oftentimes conflicts with Spanish law. For example, if parents living in Seville are unable or unwilling to take care of their child, they have to follow Spanish law and the requirements of the courts. In El Vacie, and under Gypsy law, if the parents do not want their child, they have legally given him or her up simply by stating their desire to be rid of them. Maria Eugenia, resident of El Vacie, is the grandmother of Cristina, age 2. Standing barefoot, toothless and critical, holding her granddaughter, “My daughter-in-law is 20 years old and does not want her. She does not take care of her. Cristina is with me, she is mine under Gypsy law. You at the daycare need to recognize that she is now my child.” The bureaucratic system, with adoption papers and court hearings, is incomprehensible for many of them. If Cristina’s biological parents say that they do not want her, and her grandmother now feeds and clothes her, that is sufficient. To try to understand the ley gitana, one must realize that the written

word has very little value. Spoken agreements are seen as paramount, sacred, and unbreakable.

• • •

Taxi drivers refuse to drop you off in El Vacie, fearing the stereotyped images of thieving, dangerous Gypsies waiting to ambush unknowing, innocent drivers. Instead, they leave you next to the last connection to downtown Seville, the cemetery. Turning the corner by the San Fernando cemetery, you are transported to another world. Even in the year 2007, in one of the largest and wealthiest cities in Spain, there exists a shantytown such as El Vacie. Gone are the clean, paved streets of downtown. Gone are the large apartment buildings and classic architecture of the Cathedral and Alcazar. Instead, there are dirt roads littered with trash and potholes, lined by shacks created out of wood, plastic, and metal found on the street, with sheets tacked over empty spaces to create the illusion of privacy.

The inside of these homes serves only to lower ones view of the area. With floors of dirt, gravel or concrete, most comprised of one or two rooms, these shacks are a far cry from what the general population of Seville would deign to call home. Walking down the dirt roads, one can see into the homes, through sheets that cover doorways, past tarps nailed to wood paneling, into the rooms with bare concrete floors and empty spaces. The various smells that signal a new day waft over, mingling with smoke from the ever present fires burning in the road. With no central heating the homes become “like refrigerators in the winter”, reflects Pili, a worker in the daycare. Staring out over the vast expanse of homes, Falin, another of the daycare workers meditates over the situation, “The city council sees what is here, and doesn’t want the people to know. It’s almost 2008 and in a city like Seville people are still living like this. Newspapers publish nothing; no one knows or cares enough to change things”.

The first real building is the daycare, a small, gated community, partially isolated from the rest of the ghetto. Outside waits a crowd of mothers holding their children, needing to drop them off. Some of them look to be no more than 17 years old, and most are missing the majority of their teeth. Pili opens the doors at nine, to cries of recognition from the children and exasperation from the parents, “Hola guapa, you’re late! It’s past nine! I need to change Alvaro’s diaper, and his sister’s face needs to be washed!” cries one. As the mothers trickle in and leave their children behind, the screaming begins, and the cries of “Mama, Mamaaa!” can be heard emanating from all rooms. Once all the children are accounted for and the mothers have all left, breakfast is served; and with the children more or less content, the day begins.

Entering the daycare, one can see that it is painstakingly taken care of, but even so is desperately in need of repairs and updating. The floor is caving in at some places; the fake wood

paneling creates puddles to dance around. The classrooms are brightly decorated with large plastic tubs of toys, brilliantly colored signs depicting small children playing nicely together, and what happens to those unlucky children who hit their friends. As the teachers get their classes under control and underway, music and laughter is heard echoing throughout the building, while the occasional bump and cry interrupts the rhythm. Pili takes charge of the 2 and 3-year-olds. She plays games with them, sings number songs, and tries to keep the noise level to a dull roar. From Pili’s cry of “Hola gordos!” to her constant concern for each and every child there, one can see that these children are loved and cared for.

Most *sevillanos* are accustomed to their comfortable existence in the city. They are aware that poverty exists, homeless people camp out in doorways and onstreet corners all day long, but they see it as something remote, something that only happens to those who are old, or sick, those who have no family and no one to take care of them. The children living in El Vacie are a direct contradiction to this assumption. These children have done nothing wrong except to be born into a society where they were forced into the margins from their first breath. Their path was carved before they could walk, and their future families chosen before they possessed the ability to think coherently and choose something different.

While finishing this article, there occurred two days of torrential rain storms in Seville. The streets and homes of downtown Seville were affected, with rivers flowing down the roads and branches flying off trees. But the storm had even graver consequences for El Vacie. The daycare remains closed weeks later, due to flooding, the dirt roads converted to mud pits. The homes of the children were also harmed, floors and roofs replaced by wet floors and empty spaces. Yet still life continues. Houses are rebuilt, roads dry, and life continues.



The heart of Baghdad by Olivia Rosane

FICTION

A short story about the true odyssey that millions of Iraqis are faced with when, forced from their homes and converted into refugees,

the violence of war obliges them to start all over again.

When his brother told him how a group of fundamentalists had shot the engineer, just for being a woman and refusing to abandon her job, Yasir glanced over at his three-year-old daughter stacking blocks on the tile floor and knew he had no choice. He lifted the phone to his ear, thanked Allah it was working that day, and dialed his sister's law firm in New York.

"All right," he grumbled into the receiver, "You win."

"Oh Yasir, I'm so relieved," she answered in her American English as polished and hard as diamond, English she had perfected after twenty years of studying and then living abroad. "Don't worry, I know people in immigration," she assured, "I can make this happen."

Yasir sighed and looked out the window as the date palm, pride of his garden, caught the glowing ball of the setting sun between its fronds. He could almost forget the war and occupation—this unreal three-month-old reality—when he looked only at that tree, when he shut from sight the roads cracked from the weight of American tanks and the neighbor's house hollowed by the force of an errant American bomb. He could stare at the tree and think only of thirty years of reading in its shade.

"There were never fundamentalists in Iraq before the invasion," he mumbled. "Maybe the Americans will leave and life will return to normal."

"Yasir . . ." his sister's voice warned exasperation.

"I just worry," he said, "about my little girl growing up so far from home."

Across the rough connection, his sister's voice softened. "New York will become her home, and yours too. Like they say in the states, 'home is where the heart is'."

The electricity chose that moment to flicker out; the ceiling fan flailed and died, and the June heat crouched behind him like dread. *Home is where the heart is*, he scowled. It was just the sort of phrase the Americans would use—the kind that took all the bitterness of leave-taking and exile, dipped it in grease, drenched it in sugar, and sold it to little children for a dollar. Yasir shook his head against his sister's words. Even if the American invasion were forcing him to abandon his home, he would not allow the injustice to be softened by a manufactured American cliché.

So, the midnight before he was to leave Iraq, a leave-taking that had taken nine months to arrange, he broke one of the empty picture frames still hanging on his living room wall (all the pictures have been placed at the bottom of suitcases), doused the sharpest piece he could find with rubbing alcohol, and used it to cut out his heart. In its place he stuffed a crumpled up cleaning rag that sucked up the blood from his veins and rung it out again through his arteries. The thump that used to sound in his chest was replaced by slurpspit! slurpspit!, and every

time the new, wetter rhythm sent the blood to his fingertips, it sent also a sharp joy. Gently, he wrapped his heart in his late mother's favorite shawl and buried it beneath the date palm. Now, no matter what the Americans did or said, his heart and home would remain in Iraq.

That knowledge was Yasir's only comfort in his new location. He arrived in New York City in early March, his favorite time of year in Iraq, when it was possible to enjoy the noonday sun without a jacket yet without sweat. But in New York, the March air was so cold he feared his blood would freeze each time he stepped from his small Washington Heights apartment. Icy gusts would blow up from Riverside Park and rattle the small stand where he worked selling falafels on the corner of 116th and Broadway, and the cold would numb his hands so thoroughly that he wouldn't even notice when the cooking oil burned him until his wife asked about the red spots on his fingertips at night. Even colder were the customers who visited his stand. He missed the fierce connection of his Baghdad bakery, where the need to negotiate prices with his customers forced them to stare into each other's eyes and fling their hands in each other's faces. Yet here, college girls in indecently short skirts and ridiculous furry boots ordered while laughing to friends about drunken parties, professors in wool coats ordered while debating abstract philosophies with themselves, mothers in pea coats and leather boots ordered while yelling into cell phones at invisible nannies. And none of them ever smiled in his direction.

"Stop complaining," said his wife one Saturday afternoon as they huddled on a bench in Riverside Park, watching their daughter play in the remnants of a capricious April snowfall. "We were lucky to get out."

"Lucky, lucky? Choosing between death and exile does not make you lucky, Farrah!" He said, stamping his foot and sending snow crystals flying.

Farrah sighed and pulled her scarf tighter around her head. "At least Safia is happy," she said, motioning with her head to where their daughter was lying besides a girl with blonde pigtails and a bright pink snowsuit that said Barbie in silver letters across the front. The two were flapping their arms and legs back and forth in the snow and punctuating their movements with occasional shrieks.

"Look Daddy," shouted Safia, rising to her feet and waving her ridiculous purple mittens. "I made a snow angel. Brittany taught me!"

Yasir did not like that a girl with the name of an immodest American celebrity was teaching his daughter how to make Christian symbols in an icy alien substance that he was sure, despite his sister's insistence to the contrary, would give her pneumonia. But then Safia's lips parted into an upside down crescent as bright as the snow around her, and he smiled back, before he could think to frown.

As one year passed and faded into another, Yasir learned to anticipate certain changes in rhythm of the New York seasons. Even though he always shivered with the early spring rains that turned the streets into rivers, he learned to search for the first hint of green in the bare branches of Riverside Park. Even though he felt smothered every time the heat from the subway station rose up through steel grates to mingle with the already humid summer air, he learned to wander through the park on summer nights, Safia's hand in his, and wink with her at the fireflies. Even though he hated autumn's sudden rush to darkness—hated setting up and closing his stand without a hint of natural light—he learned to look for the first glint of orange in the trees. And even though stepping outside in winter never ceased to feel like stepping into a robe of needles, he learned to look forward to that one snowfall a year that would erase the division between street and sidewalk and force the dirty, busy streets to take a day for ablutions and for rest.

Not too slowly, the pictures from Iraq, unpacked and tacked to the wall behind his couch, were joined by others: Safia playing tag on the sidewalk with children from their neighborhood—Dominicans, African Americans, Caucasians and Jews—without fear of roadside bombs or sectarian strife; Yasir playing chess on the sidewalk with an elderly man from Nigeria, also Muslim, who lived downstairs; Farrah trading recipes on the stoop with Carmen, a round and smiling Dominican mother of four. Other documents joined the pictures as well: Safia's report cards from elementary and then middle school overflowing with plusses and As, her results from the Specialized High Schools Admissions Test which guaranteed her a spot at the prestigious Stuyvesant High School.

But bitterness still managed to sneak in like winter air under the windows. On Safia's first day of high school she came home slamming her math book down on the kitchen table and fuming about some moron behind her in the lunch line who had asked if she was hiding a bomb under her headscarf. The slurpspit! of Yasir's heart sped into one angry hiss.

"What's his name," he shouted, "I'll get him expelled."

But Safia, suddenly calm, walked over to her father and loosened his fists with her keyboard-calloused fingertips.

"Don't worry Dad," she said, "He's just ignorant. I'll just have to organize some sort of informational meeting after school on Muslim culture."

The "sort of informational meeting" morphed over the course of that year into a multi-cultural extravaganza. One night in late May, Yasir and his wife took the subway downtown to Safia's high school for the "Festival of Origins" that Safia and her closest high school friends had organized. They sat at lunch tables eating ethnic food prepared by Safia's peers. (Yasir recognized his wife's Kubba faithfully rendered by his daughter, even if the almonds lacked the crisp sweetness

of almonds in Iraq). As they ate, student after student stepped up to the microphone to talk about Guatemala, Italy, Poland, Morocco . . . Tears stung Yasir's eyes as he heard his daughter speak in passionate abstractions about the cultural legacy of the Babylonian empire and Baghdad during its golden age as the capital of the Muslim empire, about the five pillars of Islam and the true meaning of Jihad, about the injustice done to her country by sanctions, invasions and civil war. Yet to his surprise, the tears were not tears of sorrow—they did not mourn the fact that Safia did not know the silhouette of the Baghdad skyline or the bone-deep pull of the call to prayer. Instead his tears formed in wonder at the form of his daughter standing with scarf wrapped around a head held high in an American cafeteria, and the faces of America students and teachers turned towards her in respect.

Thumprhump! Something hard hammered against Yasir's ribcage; a current of fear pulsed in his stomach. *Thumprhump!* There it was again. A wave of heat swelled in his body and dispersed, leaving him shivering with beads of cold sweat trickling down his forehead. *It can't be what you think it is.* He consoled himself. *That's not possible.*

But all the way home on the subway, as he watched Safia and Farrah gush over the night's success, the same *Thumprhump!* kept nagging at his chest, and Yasir knew there was only one way to calm the fear it sent shivering through his veins.

In the twelve years since he'd left, Iraq had faded from the front pages of the papers and joined the ranks of countries from which bad news is no longer news. Still, it was considered safe enough to travel to Baghdad since even violence had given up on it. The Americans had retreated within the heavily guarded walls of their theme-park embassy and the fundamentalists contented themselves with exerting their power over unarmed, rural villages.

"Why are you going; it's still not safe!" His wife scolded.

"Why can't I come with you?" His daughter whined.

But Yasir just shook his head as he hailed a cab for the airport and said this was something he had to do by himself.

The streets of Baghdad were dustier than he remembered—in some places concrete had surrendered to dust so completely that even he began to doubt if this or that road had ever been paved. When he turned the corner onto his former street, his blood quickened with the thought of seeing once again the proud outline of his date palm against the sky. Yet when it appeared, it seemed to spike the sky with a strange malignancy. Against his will, he wished to see the tall, soft silhouette of a leafy maple. Yasir shook the thought from his head and walked faster towards the date palm. As he neared, he saw that his home had crumbled to the ground and that three homes of cardboard and corrugated tin squatted in its place. He glanced guiltily at men and

women with wide eyes and skinny limbs slouched in makeshift doorways and swatting at flies and couldn't fight the relief that his Safia wasn't one of them. Their eyes followed him as he approached the date palm, lifted a newly-purchased shovel from his shoulder, and began to dig, but none of them said a word.

Yasir dug in fits and starts—alternately driven on and stopped short by the pressure of those silent eyes on his back, the hammer of the summer heat that lacked the cushion of New York's humidity, the strange hard pounding in his chest . . .

Finally, his shovel brushed against something soft. Yasir dropped it as if burned and knelt down besides the hole he had made. He squeezed his eyes shut, reached his hand inside, and brought something soft into the light. Shaking, he opened his eyes. In his hands was nothing but a crumpled dishrag.

Yasir considered cutting out his heart again, this time without replacing it. But suddenly he was so tired and the only thing he could think of was reading with his wife and daughter on a bench by the Hudson River while a breeze ruffled the trees above their heads . . . Sobbing, Yasir touched his forehead to the ground.



From the cave to the suburbs by Stefan Bloomfield

ANALYSIS

In search of an efficient, sustainable, and affordable model.

Ever since the beginning of civilization, humans have looked for shelter as a way to protect themselves from the elements as well as predators. Since that time, the concept of home has been changing and has become more complex, reflecting the world we live in today. Obviously many problems relating to the home exist today, beginning with the fact that not all have adequate access to one. This problem has become more difficult due to increased demand driven by growing populations, cultural ideas, and globalization. A case study of this trend can be seen today in the U.S. and Spain where different motivations have led to increased demand for housing, which has consequently led to crises that have developed due to speculation, financial tensions, and the incapacity of authorities and social agents to maintain a stable market.

In the U.S., increased desire and demand for housing has recently caused a giant growth in the subprime loan industry. Subprime loans or "second chance loans," are offered to borrowers with poorer credit scores than traditional borrowers; usually at greater risk to both parties and certainly at a greater rate to the borrower. The increased risk comes from the borrower's increased chance of defaulting due to their credit score, and this is reflected in the increased interest rate (usually around 2% higher than normal loans). Borrowers with a credit score lower than 620 on a scale of 350 to 850 are usually considered subprime borrowers (NematNejad). The rate of subprime mortgages has increased sharply over the years reaching a record high in 2005, helping U.S. homeownership to reach a record high as well of 69% (NematNejad).

However, it has been shown that subprime loans foreclose at a much greater rate than normal loans; 3.3% as opposed to 1.1% on average (NematNejad). Due to a growing number of subprime loans issued and consequently a greater number of foreclosures, the subprime meltdown began in 2006. Since this time, 20 subprime lending agencies have filed for bankruptcy, the most prominent being New Century Financial Corporation which was the U.S.'s second largest subprime lender. The failure of many companies and the increased default rate among borrowers created a downward spiral in the housing economy. More defaults caused the prices of houses to be driven down resulting in a decrease in the value of home mortgages, which further caused more borrowers to default on their loans. This problem, which has originated in the housing sector, has expanded to affect the U.S. economy as a whole. News announcements of this crisis have caused the dollar to drop to a 26-year low in comparison to the British pound (NematNejad).

Some causes of this problem are overexcited mortgage brokers who lure borrowers into these deals, lack of understanding of the borrowers when entering complicated lending contracts, inflated appraisals on housing, and lack of government regulation in the housing industry in general (NematNejad). Additionally, mortgage brokers are exempt by law from lawsuits dealing with fraud. This has helped the Mortgage Backed Securities (MBS) market to triple since 2000 and last year was the first year that more than half of asset backed securities (loans with asset collateral such as house, car, etc.) issued were backed by subprime loans (NematNejad).

Few are sure about the future of the economy as a whole. The fact is that other sectors of the economy are growing now, and many see this as an isolated problem which will not affect the economy as a whole. However, others believe that these events are a catalyst for a greater crash in the housing sectors or other sectors as well.

The question is, if subprime lending can be so catastrophic for lenders, borrowers, and the economy: Why is it legal, and why would anyone want to engage in it? Obviously, with more risk

comes greater reward or greater misfortune in this case. In theory, one can say that fair sub-prime mortgage companies exist. They should not be confused with predatory subprime lenders who "charge more interest and fees needed to cover associated risk, contain abusive terms or conditions, and/or do not take into account the borrower's ability to repay the loan" (Dickstein and Thomas). These companies often have the intention of forcing the borrower to foreclose the loan so that collateral can then be recovered. There is no question as to if these companies exist, but deciding what constitutes fair and unfair lending is not as clear. The fact of the matter is there are not enough federal laws to regulate this market, and more needs to be done to protect borrowers and lenders alike.

On the other side of the Atlantic, Spain is facing its own crisis. In recent years, household debt has soared. In 1997, disposable income was equal to twice the household debt, until 2004 in which household debt surpassed disposable income for the first time. What's more, between 1997 and 2005, borrowing has tripled from €200 billion to €595 billion equal to 74.5% of the country's GDP, and housing prices have skyrocketed up 150% (Lee). In the same year, the average cost of a mortgage was €124,000 whereas the average salary per month was only €1,400. In 2004, the bank calculated that housing prices were overvalued by 35% and that the housing market has become increasingly more susceptible to economic changes (Lee). Experts say this housing bubble has been created by the combination of high levels of employment, low interest rates, increased access to credit, and foreign demand for housing in Spain (Lee).

There are several extreme problems that have arisen from this large growth in the housing sector. First, if Spanish banks are correct in the assumption that housing prices are inflated beyond where they should be, the consequences could be grave. If interest rates continue to rise, economic growth will slow, and Spaniards will reach the end of their ability to borrow money. If this happens the housing market would crash and many Spaniards would go bankrupt instantaneously. And since Spain has a house owner-occupancy rate of around 90%, this would have a particularly devastating effect (Lee).

Second, due to the high cost of housing, few young people are able to find alternative residence. According to a study done in 2001, less than one-third of people in Spain between the ages of 25-30 had left their parents' house (Albarracín). Besides the obvious social problems this creates, such as lack of independence and lack of privacy, it also creates many economic problems as well. As of 2001, the temporary employment rate had reached unprecedented levels "63% among the population aged 20-24, 44% among those aged 25-29 and 29% among those aged 30-35" (Albarracín). Since many young people lack professional mobility due their inability to find residence elsewhere, their long-term

job potential is greatly reduced, and are therefore forced to take a part-time job paying less and hence reducing their available income and prolonging this vicious cycle. This in turn hurts the economy as a whole. With reduced mobility comes labor shortages. With affordable housing these positions would be filled, however with the present situation, this is impossible.

It's easy to forget that not too long ago our ancestors had no concept of a "fixed" home. Many cultures of the past practiced nomadic traditions. These cultures relied completely on nature for survival, and had a great knowledge of ecological and environmental processes. Even today, there are cultures which practice a type of nomadic pastoralism as a way of life. Such as some of the Kyrgyz people of Kyrgyzstan, who after the fall of the Soviet Union returned to their native nomadic practices. Obviously, today, this style of life is not possible in many parts of the world due the spiraling increase of populations, increase of technology, dense living situations, necessity for security, and obsession with home ownership. What will happen in the U.S. and Spain remains to be seen. Surely, however, as populations continue to grow and the demand for more specialized jobs increases, the demand for housing will increase as well. In the U.S., Spain, and the rest of the world, we must find an efficient, sustainable, and affordable model so that we can make sure everybody has access to a place they can call home.

Sources: see page 12



Americans on the road by Jessica Ferraro

ANALYSIS

The United States of America offers a unique experience for the traveler: covering 3,537,438.44 square miles (9,161,923.5 square kilometers) of snow-peaked mountains and lush valleys, broad rivers and majestic lakes, fertile plains and arid deserts. From the Deep South to the plains of the Midwest, one can find in every region of the country, a culture as distinctive as its terrain. In fact, approximately 14.5% of the 281,421,906 inhabitants of the U.S. moved in 2000, whether to a different city, county or even to a different state.

In comparison, the Spanish territory covers a total of 195,000 square miles (505,990 square

kilometers) of magnificent coastline dotted with brilliant white houses and red tile roofs, miles of vineyards and oil groves spreading across the countryside, and historic cities where church bells ring from the cathedral towers, offering a rich culture steeped in history and tradition. Language varies as much from north to south as the terrain and the lifestyle, offering regions of diversity to discover over and over again. Unfortunately, there are no statistics on the tendency of the population to move from one area to another. This is a phenomenon that is still largely unknown in Spain.

One night in a bar, I began talking with a Sevilleno about our heritage. I claimed to be Irish, Italian, Portuguese and Scottish, 25% of each. I explained to him that I was going to visit family in Italy, and that in the U.S. I have relatives in more than five states. "Where is your family from?" I ask. He proudly tells me they are all from Seville. Well, except his aunt, she moved away. Wow! What part of Spain does he get to see when he visits her? Does she live near the ocean, in Barcelona? In the bustle of the capital, Madrid? Or maybe in Galicia, in a hidden corner just north of Portugal? Where is it that she might be experiencing a different culture and lifestyle than here in Andalusia?

In truth, she hasn't left Andalusia at all: she had moved to Granada, another Andalusian province just three hours away. This is a classic example of the difference in American culture and Spanish culture: the ability to pack up and move far, far away. The tendency to relocate once, twice, maybe several times in a lifetime results from various motives: economic reasons, like work or school; social reasons, like family or friends; or purely aesthetic reasons, such as a change of scenery or temperature. This mobility is strange and still largely unknown in Spanish life, and particularly in Andalusia. In Seville, there is a saying, "the person who is born in Seville, dies in Seville," which captures the essence of the ties they have to their land and history.

The tremendous difference in this cultural aspect is often difficult to explain. On the one hand, American travelers find themselves wondering how a person cannot feel that desire to travel and see their own country from a personal perspective. How can a person not want to visit another country to experience their culture and lifestyle firsthand? On the other hand, Spanish citizens frequently wonder aloud how Americans can afford to be continually throwing money into weeklong trips. How can Americans simply move their belongings, families and entire lives for the sake of a job opportunity or a better view out the kitchen window? It is often difficult for each side to explain their position, but perhaps we can try to see them a little more clearly.

58% of the U.S. population that moved in 2003 was in their twenties, indicating that those just beginning to branch out in life are seeking a new start in a new environment: they rent their own apartments in the same area or buy a house hundreds of miles away. Young Americans are

(texts in english)

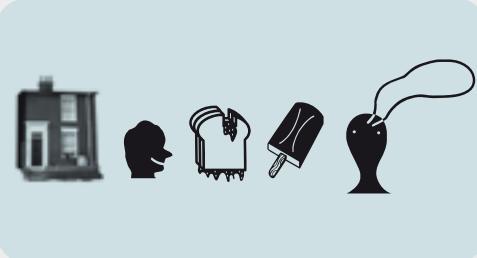
spreading their wings and settling down on their own turf, creating their own lives. But how does it start? Where do they get the idea to uproot themselves? Perhaps it begins with college.

An average of 15 to 20% of college students are from out of state. The university with the highest percentage of out-of-state students in 2006-07 was the University of Vermont at Burlington with a whopping 72.7% of their first-year students having fled their homes for the green fields of Vermont. It is easy to see the trend of exploration forming in American college students, if we consider that in 2007 more than ten colleges had over 75% of their students, in-state and out-of-state, studying abroad. With this mentality of leaving home at age 18 to start college careers elsewhere and then leaving the country to study abroad, it's no wonder that so many college graduates then choose to continue their new way of life: packing up and moving away for good. From there, it's only logical that these mobile ex-students are more inclined to continue traveling: whether to see family they haven't seen in a long time or to go with family on a vacation to somewhere fun and new. Spain, perhaps?

On the other hand, most students at the University of Seville proudly profess to have been born and raised in Seville. If one went to their homes and asked them where their aunt or their cousin lives, they might pull me to the window and point to a neighboring apartment, then to another one across the road. Some students hail from smaller towns outside of Seville and commute to the city each day for school, but once they have graduated, they will continue in their small towns, look for a job and begin their independent lives, all the while still living near their families. Of course, students here study abroad as well, but hardly, if ever, out of Europe. To learn English, most make the voyage to England. When someone asks about going to the U.S. to study English, a perplexed and incredulous look is usually received: For what? England is right here!

Another side effect of moving away is the widespread presence of e-mail in the United States versus in Spain. Through e-mail, a family, like mine, that is spread out from New England to Florida and Arizona to Montana can keep in touch. However, in Andalusia, e-mail is not the most efficient method of contacting a family member or friend, and often not the smartest when you can simply call or text to meet up with them later.

In conclusion, we see a sharp difference in the way Americans can move with such ease: at the drop of a hat they are ready to move to a new location for reasons big and small. Conversely, in Spain the home is fixed: where your family, your past, present and future can be found. In Seville, "born in Seville, die in Seville"; in the U.S., it is "home is where the heart is."



A house full of memories by Nisse Lovendahl

PERSONAL

A 20-year-old student and her 74 year-old Spanish host mother, talk about smells, images, and emotions that are evoked by the places they have lived.

Nisse Lovendahl. 20. Student.

When I hear the word 'home', an innumerable list of things come to mind: my mom's amazing food, playing video games with my brothers on the weekends, the different friends who have stayed with us over the years. However, my first memory of home, and possibly the most vivid, is evoked by a specific and slightly odd sensation: the antiseptic, almost plastic, smell of a new carpet. Until recently, this seemed so strange that I was embarrassed to even mention it.

I have very few memories of my paternal grandfather, but the few that I do have –in addition to those gleaned from my father and his three siblings— are less than appealing. So it seems odd that he would have such a strong presence in my very first memory of home.

The first house my parents bought was in downtown Chicago and fit their limited budget, so it naturally needed a little work, including the installation of brand new carpet throughout the first floor. We had to wait until it was finished to move in, but finally the day came.

That day, my grandparents came to help us with the move, along with my childhood friend, Christopher. Most of my memories of that day are a little jumbled, which is understandable, because I was only 3. However, I remember vividly the moment when my grandfather grabbed my hand, I grabbed Christopher's hand, and we started to run in circles through the huge, newly carpeted living room. As we ran—playing something that was not exactly tag, but simply following the path set out by my grandpa—we noticed a strong smell that began to travel through the whole room. I have no idea how long we ran, but we finally collapsed on the floor, and I could smell that pungent new smell of that house.

My grandpa passed away shortly after that day, but for some reason that memory and the smell of that day have stuck with me, perhaps because that house was to become my first real home. I would create so many memories on that carpet, like playing with Barbies with my best friend from next door, and setting up the wooden train track that my uncle gave my brother for

Christmas one year. Eventually, I would move from that house and from the city. I would get into my dad's new car, smell that plastic, new smell, and drive away to the house that today, I call home.

• • •

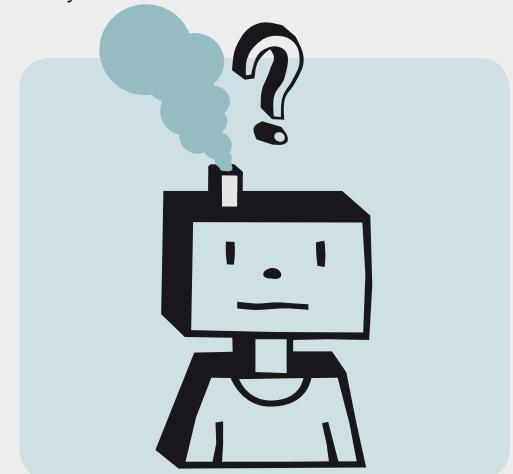
Angeles. 74. Homemaker, mother and grandmother.

I don't like to think about my childhood home. I prefer to think about my life now, because the word 'home', for me, has always meant a good family and happiness and until recently, I have not had those things.

When I was 7, my father lost both of his legs in the war, leaving my mother to care for six children. It was a hard time for a lot of people in Spain; many went hungry and life was very difficult. Most people look to their childhood when they think of home; I don't like to remember mine.

Later, I began to work in an office and earned a living until I got married. I have many happy memories of my wedding, but afterwards, things went bad. My husband was in a car accident years later and he was confined to bed for the rest of his life. I cared for my two children by myself, just as my mother had done before.

Because of those things, I do not dwell on memories of the past. Now my children are married and happy, and I live a comfortable life. My two grandchildren make me very happy and have created new memories to replace the old ones. It is hard to think about my earlier homes, because now I have what I have always considered the ideal; now I have happiness, harmony and my family.



Stay put or get moving by Carolyn Prill

ESSAY

Some are absolutely petrified. Others pray desperately for the day to come. Still others try to ignore it. But no matter what you do, one day it will come. Regardless of your culture or your religious beliefs, it's one of those things that, whether you like it or not, happens. When faced with the dilemma of

whether to change where you live or keep firmly tied to your roots, your attitude defines who you are.

We all feel persecuted by a pressing tension when the time comes to make a change in our lives. In particular, if the decision is to travel abroad, then one must make a choice between remaining at home or embarking on a journey, which is both geographical as well as emotional. Do we want to stay put in our city, live in close proximity to our family, maintain our current group of friends, and have a fixed place to call home? Or do we want to keep moving, get to know new people and new places, and have the world be our home because we feel at home in the world?

Though it is rare to encounter people who live in only one of these extremes, those who never leave their neighborhood or those who spend their entire life hopping from one country to the next, the fact is that these people do indeed exist. The majority of the homeless people, who live in the street out of necessity, do not have a fixed place to call home. Others, in contrast, voluntarily choose to live their lives on the road. They are travel addicts who never stay still. For them, life is a continuous journey: move somewhere and absorb all that the new place has to offer, establish connections and feel at home with people who were complete strangers before, until shortly thereafter, they tire once again of the place they're in since it seems predictable, so ... they move somewhere new to start the process all over again.

The other day, my friends and I came across a similar couple in a bar in Seville. At age 16, they decided to hop on a motorcycle and leave their country. They lived in Hungary and Cyprus for fifteen years, were currently living in Spain, and their next destination was Morocco. On the other hand, I'm reminded of my friend Emily from Texas, who feels so satisfied by her cultural identity as a southerner that she has absolutely no desire whatsoever to travel around to other states, much less to other countries. To her, there is nothing appealing about experiencing other cultures firsthand. Nevertheless, people who choose to settle down in one fixed place seek other ways to satisfy the desire to experience new things, and faced with routine, must try to renew their perspective of their daily surroundings.

There is a conflict between our innate impulse to grow and to be in motion versus our need to have things and places in our life that are like a refuge and give us comfort. This doesn't mean that these desires cannot co-exist, being entirely out of one's comfort zone and simultaneously feeling deeply comfortable in someway. Herein lays the profound beauty of traveling: experiencing these two seemingly opposite emotions in precisely the same moment, making it possible for a new place and a completely new group of people to feel like our home. In Seville, because the concept of "home" is so different, at times I have found myself feeling entirely uncomfortable and yet profoundly comfortable at the

same time. I have also felt disoriented, fatigued, overwhelmed and isolated, while at other times I have felt a pure sense of joy incomparable with any feeling I have experienced in the past.

Even though each person is completely different, the important thing is that deep down we are all the same. The most gratifying part of traveling is learning that you can relocate anywhere in the world, encounter these similarities and be happy. The interconnectedness of humanity manifests itself when traveling, through the process of consciously letting go of that which makes you feel comfortable, in order to achieve a new personal concept of comfort.

Since my arrival in Seville, I sometimes yearn for those things from back home that make me feel comfortable, like wearing sweats in public, not having to calculate everything into the metric system, having my own house and car, wearing flip flops and not high-heels, and speaking English. But missing those things, some trivial and some deeply important, is not really comparable with the new type of comfort that I have attained since I came here. The act of consciously deciding (or sometimes by force) to leave our comfort zone, move away from what is predictable and from what we consider to be constant, is a rigorous, intense and challenging, yet absolutely essential learning process.

Of course, there are limitations. Some people would love to travel and simply do not have the money or the time to do so. Others are raised in a culture that does not allow them to embark on long trips; they know that in the end they will return home, to their family and their society. On the other hand, there are those who are obliged to uproot and relocate due to the circumstances of their lives, such as the father who is offered a better-paying job in a different state or country, or the young college student who is unwillingly sent abroad to fight in the ranks of an army.

In the United States, people tend to look for a job first and then move, alone or with their family, according to the location of the job. In Spain, the opposite is usually true. Here, a common refrain is "If you're born in Seville, you die in Seville". Sevillenos search for a place to live first, preferably close to (or with) their family, and later look for a job which is close enough to not require moving.

Right now, what I desire is to travel. Who knows when, or if, that desire will fade away, or take me somewhere new. Some may value traveling all the time over staying put, while others may prefer staying in their town with all of their family close by for the entire duration of their life. Neither is right or wrong, as long as staying in one place does not lead to ignorance and a lack of understanding of others, or always being on the move does not cause you to be incapable of settling down. It is simply a matter of learning to be content with the home that you have at any given time or place. When you have to leave your comforts behind in order to live somewhere new and you feel alone, what matters is pressing on and overcoming difficulties one step at a

time. Your home could be a fixed place, with your dearest friends, in your community, in your city. Or your home could be comprised of the friends that you have made from all over the world and which makes you feel at ease with anybody or anywhere.

The trickiest part, which seems to be a paradox, is to constantly seek to have the one constant in our lives be that of always moving forward and growing. Sometimes, that can mean that we stay put, exactly where we are. Other times, it can mean that we have to abandon all that we are familiar with to travel somewhere unknown.



5:08pm, October 4, 2007: Somewhere between Seville and Paris

by Abigail Reid

PERSONAL

From the heights of an airplane passing overhead, suspended in a space where national borders no longer exist, the author reflects on longing for friends and family in New York and discovers that the sentiment shared between loved ones is all that is necessary to truly feel at home, wherever one is.

Clouds overwhelm the afternoon sky and the landscape appears at random between sections of white. I have looked at the time on several different occasions and the minutes seem to pass slower and slower with each glance. I wait patiently, but I am nervous with excitement. I wonder what it will be like to see them and what I will feel. The excitement boils up from places inside of me that have long been empty. I have not been my whole self from the first day that I left, and I have yearned for it ever since. Of course I miss little things like the smell of the pastry shops in Little Italy, my extremely comfortable bed, the insanity of the streets in the Bronx, the crisp fall morning air of the Northeast and a collection of other details, but these are not the things that are taking a toll on me. I am not looking for the delicious dinners that my father cooks or the view from the top of the Empire State building, because these are things that I will never find in Europe. Instead, I am constantly searching for the missing pieces.

The pilot begins to speak in Spanish over the loudspeaker, giving a detailed description of the

current weather in Paris and an approximation of when the plane will land. I am more anxious than I have been before and I cannot force my body to sit still. The last month and a half flashes through my mind in a series of unorganized photos. I try to think of the last time that I felt as though my mind and soul were complete and a flash of the moment when I said goodbye to my parents and to New York City, just before I got on the plane, hits me. The sky was grey that day, as if it felt the way that I did. Certainly, I was not unhappy to be going on an incredible journey, but I was also not entirely comfortable with the idea. All of the items from home that I had packed into my giant duffle bags were not enough to make me feel the way that I feel when I am at home.

The pilot repeats himself, only this time in French. At this point, I realize that I am on my way to a city that I have never been to before and a place where I do not even understand the language. Regardless of these factors, what I do know is that a piece of my home is waiting for me in Paris. I attempt to hold back the smile that is tugging at my face, but I very noticeably gleam with happiness. In thirty minutes I will be at home, and finally at rest, because I will be with two of my dearest friends, who like me, are studying in Europe for the semester. I begin to understand, even more than before, that home is not a tangible place, but instead it is a place where the soul lives and expands infinitely.

Family and true friends are irreplaceable and there is nothing that can substitute them, even for a small amount of time. The people who are most important in my life are the people who can solve the puzzle, despite physical location. They are the same people who help ease the pain and who will stay up all night in order to help me overcome any obstacle in my life, however large or small it may be. These people are my home and whether we are in the place where we first met or in a foreign land, the location is irrelevant. The only thing that is important is my understanding the notion of having a place to call home and that my home is within them.



Third culture kids

by Nicole Rodríguez

PERSONAL

A bilingual child of an American mother and a Spanish father, a Korean photographer raised in Hong Kong and currently residing in NYC, the American daughter of two Peruvian immigrants, and a New Yorker with Argentinian roots all tell their story about how they have adapted to living in different societies.

When I first arrived in Seville, I did not experience what foreigners refer to as “culture shock.” I was accustomed to hearing and speaking the language, the food was familiar and delicious, and the music reminded me of the Spanish guitar I always heard playing on the stereo at family parties growing up. I am American, but I feel comfortable in Seville. While I do have some family in New York, the majority of my family lives in Argentina. My parents left their hometown in Tucumán, Argentina in their mid-twenties to start a new life in the United States. I was born in New York while my parents were still adjusting to their fairly new American background. I am a minority in my family: only one of four Americans. We are the first generation born in the United States, and can be defined as third culture kids.

The concept of a “third culture kid” refers to an individual, who as a child, has spent a significant amount of time in one or more cultures, other than his or her own, therefore integrating elements of those cultures and their own birth culture into a new culture. The third culture kid forms a connection to home with people and experiences, rather than with one specific place or background.

Through various interviews, we have begun cultivating an understanding of how some individuals who have grown up in different cultures have come to define home.

Carmen Rivera Frain is an extremely bright 10-year-old girl. Her mother is American and her father is Spanish. She was born in Seville, but the first language she learned was Russian, due to the first two years that she lived in Russia. Now she spends her summers in Maine, USA. Carmen is bilingual: she speaks English at home and Spanish at school with her friends. She is comfortable in both languages and in both cultures. Carmen complains about the television programming in Spain, because she knows that American shows are more enjoyable when seen with the original voices in English. She has an advantage over her friends when watching television, because she can switch the languages with the remote control and easily understand character dialogue in either language. Carmen also attends a summer camp in the United States and has maintained relationships with friends that she has made there. Although Carmen feels a strong sense of home in Seville, she comments that if she lived in America with her family and friends, she would feel just as comfortable there.

For Carmen, home is defined as the family and friends that surround her. As long as they are with her, the location of her home in either Spain or in the United States does not matter.

Jesse Chun is a truly remarkable person.

This 23-year-old photographer was born in Korea and grew up in Hong Kong. She moved to New York at the age of 18 to attend Parsons School of Design and pursue a career in photography. Even though she is Korean, she does not consider Korea to be her home. When she's in one country, she thinks of another country. When she's in New York, she finds herself thinking about Hong Kong, and vice versa. For her, there are pieces of different places and cultures that make up who she is.

Jesse attended an international high school in Hong Kong that pushed her to experience other cultures and taught her to not be a close-minded individual. To graduate, it was required that for one week each year, the students would go to a different country in order to adapt to that country's culture. When she was in India, she lived in a place where people from all over the world came to learn yoga. Every day, she would wake up at 7:00 AM, do yoga, and meditate. They only fed her twice a day, and she had to eat with her hands, as this practice was appropriate to the traditional Hindu custom. She has learned that each country has their own customs and now, whenever she travels to a new country, she feels she can easily adjust to that country's culture because her school taught her to accept cultural differences. Her school would always tell the students that even though they might not be able to clearly identify one home, they are global citizens who will always be moving. The majority of Jesse's friends have continued to move to different countries after high school, and Jesse plans on relocating to Europe after establishing her career in New York. She does not feel committed to just one place, and wants to make every place she lives her home. Jessie defines home as something more spiritual and emotional, rather than just physical, “where you can find your essence... a place that shapes you into who you are.”

Iride Meder is an intelligent and ambitious 20-year-old individual. She is studying to become a doctor in Binghamton University in New York, where she was born and raised. Her mother is from Lima, Peru, and her father is from Arequipa, Peru. One of the strong cultural differences between the United States and Peru (where she has visited once or twice a year for as long as she can remember) is the food. She says that in Peru, food just tastes better and the taste makes her feel nostalgic.

Iride tends to form relationships with others who are also multicultural. All of the people with whom she lives at school have parents who immigrated to the United States. She feels she can easily relate to them because they share the same mentality of being open to other cultures.

When she is in Peru, she doesn't ever really feel at home. Since she is not from there, she can easily feel like an outsider. Having her family

around is comforting, but she often feels lonely in Peru. Meanwhile, she can be alone in her house in New York without ever experiencing a sense of loneliness. In the end, what matters most to Iride is not a specific culture or place, but rather the people who surround her. "Home is my parents and my brother, my immediate family because they are the people with whom I feel safe and comfortable. I love them and they won't ever stop loving me. I can depend on my parents for anything and they really don't ask for extraordinary things in return. Home is where I am happy and fed and loved."

As for me, I am extremely thankful to my parents for teaching me their native language and exposing me to their customs. I find myself longing to visit Argentina again and reconnect with the culture that my parents instilled in me as a child. While I do feel an undeniable sense of home in the Argentinean culture, I feel most comfortable in the American culture that I grew up in, especially within the diversity of New York life. I have come to define home as neither here nor there, but rather a variation of people and experiences that have become a part of me. Seville has truly become not only a memorable experience, but also a part of me that I will carry with me wherever I go.



A refuge for the little pariahs of India

by Sean Griffin
PERSONAL

The HOINA organization has rescued two hundred children from the street who were condemned to a miserable life, but after their passage through the orphanage, have become business owners or professors.

My first ride through Chennai, my first experience of India, was an assault on all the senses. At four thirty in the morning, after more than twenty hours of travel, I should have been

too tired to keep my eyes open, but there was just too much to see.

The sun was just starting to add a little bit of light to the horizon. Most structures that have the right to be called buildings look as if they have gone through a series of consecutive bombings. The rest consist of little more than sticks, tarps, thatch, and tires. Dogs, goats, cows, and oxen roam free in the street. The people and the streets are starting to wake up; motorcycles and bikes make way for vans, buses, and trucks. There appears to be no rules of the road and that the preferred method of communication is the horn. The seats are less than comfortable and the road is less than flat. The only thing that can compete with the vision of overwhelming poverty is the stench from the garbage that is piled on the side of the road.

In the midst of all the traffic and bustle, it is hard to overlook a man slowly dragging himself with his arms through the street. This could have been Jesu Ratnam, one of the boys resigned to a wheelchair in the HOINA (Homes of the Indian Nations) orphanage, who, if he had not experienced this fortunate change in destiny, could have been in the street begging instead of starting a business of his own.

Jesu Ratnam and Rama Rao's business is called Heaven Sent Tile Company. They received their start with the help of HOINA. The walls of the boys' dormitory are decorated with tile mosaics, many of which were designed by these two. HOINA also provided the money and the opportunity to open their own bank account, as well as the contacts for them to acquire their first job in Visakapatnam.

Jesu Ratnam and Rama Rao are just two of the many success stories of HOINA. For the last thirty years, this organization has offered a home and a future to children who had neither; children who have gone on to become engineers, business owners, artists, computer programmers, soldiers, bankers, and teachers. Ramudu, a recent graduate of the home, has just finished his university degree in Education and is now a teacher. During his vacation time, he comes back to volunteer and tutor at the orphanage. Another is Hanumantha Rao, who was brought to HOINA after his mother died from jaundice when he was only three months old. Now he has completed his university degree and is pursuing an MBA.

Apart from these examples, there are more than two hundred other success stories in process. Gandhi came to HOINA seven years ago; now he is first in his class, and hopes to become an Army commander. Kamatchi and Recca are on their way towards becoming nurses. One of the youngest is Prasad. His mother died when he was six months old, his father is a drug addict, and his grandmother, who brought him to the orphanage, is too sick to take care of him.

It is amazing what HOINA is able to do for the children it takes care of. Darlene Large, its founder and president, takes in children who arrive from train platforms, city streets, leprosy

colonies, and rural villages; children who have no parents or whose parents are unable to care for them. She provides them with food, clothing, and shelter, but also something more: a family, a place where they belong, an education, and a future. Each summer, students from Penn State University come to India to volunteer, help teach English to the staff and students, and, most importantly, devote their time and energy to the children. Yet despite all of their efforts, it is the visitors who receive the greatest benefit from this experience: they learn about another culture; learn more about themselves; and through the work of the children and their caretakers, find that it is possible to change a person's destiny.

In a letter, Large wrote:

"HOINA means life to many of the children. If they were not rescued, they would be dead today. Now they give back to society, to HOINA, to their communities, and to their families. From mud and coconut huts to middle class jobs and lives." She provides an example of service to mankind that should be followed by all.

Darlene Large has dedicated her life to this organization and cause, a struggle that began thirty-six years ago. At the time, she had been battling multiple sclerosis and her projected future consisted of blindness and paralysis by the age of fifty. No one could have imagined that she would be spending half of every year in India running an orphanage.

It was only after a revelation and a miraculous recovery in 1971 that Large discovered her current calling in life: to establish a home for Indian children. Four years later she made her first trip to the country. In 1978, the orphanage started with just seven boys in a house that was rented for fifteen dollars a month.

Darlene Large and her foundation now care for more than two hundred children in two homes that are without comparison. Since its inception, HOINA has also helped to rehabilitate a leprosy colony that today is completely self-reliant. In addition to the two homes, this NGO also operates a free medical clinic, a mobile medical unit, and a hot lunch program for elderly widows.

Darlene Large graduated with a degree in Art from Pennsylvania State University in 1959. In 1962, she received the Distinguished Alumni Award from the same university. She was also awarded, in 1992, the Paul Harris Fellow prize, given by the Rotary International Organization, for her work in HOINA.

9

más+menos

student magazine

hogar dulce hogar / home sweet home

otoño / fall 2007

www.ciee.org/masmenos

9 6 7 8 0 3 6 7 1 8 8 8 7 1 0 0 9 8 5 2 5 8 0 9 2 6 1